

TRINIDAD DE JUÁREZ

MANUEL
PAYNO





NOVELAS en **TRÁNSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CULTURA  **FONCA**
SECRETARÍA DE CULTURA

TRINIDAD DE JUÁREZ
LEYENDA DEL AÑO DE 1648

MANUEL PAYNO

Germán Castro Ibarra
Presentación

Azucena Rodríguez
y Verónica Hernández Landa Valencia
Edición y notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Manuel Payno, *Trinidad de Juárez. Leyenda del año de 1648*

Primera edición digital: 28 de noviembre de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, C. P. 045 10, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. <i>Trinidad de Juárez</i> : seráfica e inaprensible, como la nación	
<i>Germán Castro Ibarra</i>	5
<i>Trinidad de Juárez</i>	
I. Dos objeciones podrían hacer	21
II. La muerte de don Pedro	33
III. Hoy sin duda, querido lector	45
IV. Mientras los dos personajes caminan	53
V. Don Hernando no dio lugar	61
VI. Los ministros de la Inquisición	67
VII. A pesar de la infernal risa de don Hernando	73
VIII. En el año de 1648	83
IX. Don Hernando pensó muy bien	85
X. Cuatro años habían pasado de estos sucesos	87
Noticia del texto	91
Manuel Payno. Trazo biográfico	93
Notas	95

PRESENTACIÓN

*Trinidad de Juárez: seráfica e inaprensible,
como la nación*

Germán Castro Ibarra

En 1844, Manuel Payno (1820-1894) publicó en *El Museo Mexicano* una novela corta en la que cuenta las desventuras que habría tenido que padecer una jovencita criolla ojazul, “de hermosa figura y de hermoso corazón”, 196 años antes: *Trinidad de Juárez. Leyenda del año de 1648*. Así que la distancia temporal que te separa, lector, de los días durante los cuales fue escrita dicha narración, es más o menos la misma, incluso un poco menor, que la que mediaba entre su autor y la época en la que supuestamente transcurrieron los sucesos que relata. Con todo, no es difícil imaginar que los usos y costumbres de los habitantes de la Ciudad de México de mediados del siglo xvii eran para Payno, hijo de un director de rentas de la administración virreinal y él mismo súbdito novohispano de nacimiento, una realidad mucho más cercana que lo que podría

resultarle nuestro aceleradísimo y complejo país en los albores del segundo milenio: él y sus contemporáneos se hallaban en una posición histórica desde la cual el México colonial podía resultarles mucho más familiar que a ti o a mí el de la primera mitad del siglo XIX. Como Arturo Almazán, el muchacho también criollo que coprotagoniza su novela, Payno se desplazaba a pie o en coche jalado por bestias o a lomo de corcel —“un caballo inteligente, vivo y fiel, es una prenda que se ama mucho...”¹ El narrador decimonónico habitaba una ciudad que funcionaba sin máquinas de vapor ni energía eléctrica —“las coquetas son como la luz del gas, que brilla mucho pero fatiga la vista”,² sentencia uno de los “Pensamientos” con que solían rellenarse algunas páginas de *El Museo Mexicano*—, de la misma manera que vivían sus personajes en la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de México, Metrópoli de los Reinos y Provincias de la Nueva España: en su baile de bodas, los cabellos de Trinidad brillarán “como las alas de oro de las mariposas a la luz de las bujías de esperma”.³

Cuando Manuel Payno publicó *Trinidad de Juárez*, ciertos cambios se estaban gestando en el centro simbólico de la naciente República mexicana, antes de los cuales el corazón de la ciudad lucía prácticamente igual respecto a como había sido durante buena parte de la época colonial. Por ejemplo, a finales de 1843, por ór-

denes del presidente López de Santa Anna fue demolido el mercado del Parián, un edificio de mampostería y tepetate, puertas de madera y arcos de piedra, que desde 1698 ocupaba, frente a la Catedral, un tercio de la Plaza de Armas —desde 1812, nombrada Plaza de la Constitución, en honor a La Pepa gaditana—. El proyecto consistía en erigir en el centro de la explanada una prominente columna, rematada con una victoria alada, con la que se loaría la recién lograda Independencia nacional, y aunque jamás logró concretarse, la plaza quedó despejada. Lo que sí terminaron de construir fue el zócalo del fallido monumento —de ahí el nombre que hasta ahora le damos—. Los negocios que estaban en el Parián fueron reubicados en el costado sureste de Palacio Nacional, en la Plaza del Volador, un predio que en 1837 el gobierno había comprado a un descendiente de Hernán Cortés —hoy se levanta ahí el edificio de la Suprema Corte de Justicia de la Nación—. Desde el siglo XVI, en ese terreno se celebraban verbenas, corridas de toros, peleas de gallos y carreras de galgos y liebres; además, daba cabida al tianguis de la ciudad. Guillermo Prieto (1818-1897), amigo de toda la vida de Payno —por entonces dirigían en mancuerna *El Museo Mexicano*—, cuenta que en 1840 el mercado de la Plaza del Volador era un tinglado de “jacales de tabla y tejamanil ennegrecido por las lluvias y los años,

sucio, cenagoso”, dedicado a “la venta de verduras, frutas, patos, meztlapiques, huevos, gallinas, quesos”.⁴ En 1841, López de Santa Anna había colocado la primera piedra del nuevo mercado de la Plaza del Volador; tres años después sería inaugurado, ¡faltaba más!, con todo y la estatua con la cual el jalapeño se homenajeara a sí mismo —el gusto le iba a durar muy poco: el 3 de diciembre siguiente el pueblo embravecido la derribaría al grito de “¡Muera el cojo ladrón!”—.

Seguramente a cualquiera de nosotros causaría una enorme extrañeza aquella ciudad en la que residían Payno y sus lectores-suscriptores —una élite en un país en el cual, si acaso, uno de cada diez sabía leer—, cuando, oliendo a tinta, salían de la imprenta de Ignacio Cumplido (1811-1887) los recién tirados ejemplares de *El Museo Mexicano*. Para muestra, un botón: Prieto cuenta que en el mismo mercado de la Plaza del Volador, sobre la calle de Flamencos, atendían “los barberos, instalados con todos los adminículos del arte: la olla de sanguijuelas a la puerta, la piedra de amolar y el gallo a su pie...”.⁵ Es decir, mientras Payno y Prieto publicaban, además de poemas, narraciones y ensayos propios y de sus cófrades —José María Lafragua, Manuel Orozco y Berra, José Joaquín Pesado, José María Lacunza, Félix María Escalante, entre otros—, todavía la mayoría de la gente, y muy probablemente también

ellos, pretendía curarse un sinnúmero de enfermedades con fe y sangrías, un tratamiento, de efectos nulos en prácticamente todos los casos, empleado en el Viejo Mundo desde la Antigüedad, y en estas tierras al menos desde la Conquista.

En 1844, aunque apenas tenía 24 años, no había modo de tildar a Manuel Payno de mozo inexperto. Para entonces, ya había ocupado algunos cargos públicos y había recorrido cientos de kilómetros por buena parte del país. Podemos imaginar al joven Manuel andando presuroso para entregar a tiempo algún escrito o para llegar a un baile de máscaras en el Teatro Principal, seguramente, al igual que sus pares, tratando de seguir la moda europea. De hecho, en las mismas páginas de *El Museo Mexicano* se sugería a los caballeros usar casacas verdes de solapa ancha y faldón largo, con botón dorado; chalecos largos a cuadros de terciopelo, con botón de seda; pantalones anchos de casimir, a cuadros; corbatas de chal, “con nudo a la negligé y un pequeño prendedor”; indumentaria que debía completarse con un sombrero negro de ala ancha y copa alta, guantes blancos y un bastón “con cabecita de marfil”.⁶ Engalanados así es como podemos figurarnos a Payno y sus compañeros, mientras se esforzaban, juntos, y cada quien por su parte, en construir una imagen de la nación,

verosímil y capaz de despertar ganas de pertenencia, y su expresión correspondiente... ¿Cómo? Su estrategia fue “mexicanizar la literatura” —según expresión de Prieto—, abasteciéndola para ello de sustancia histórica, geográfica, etnográfica, arquitectónica..., aterrizándola aquí, en los paisajes nacionales, recreando las calles y monumentos, los personajes y el habla de los connacionales, el pasado prehispánico y colonial. El ahínco, claro, solamente cobraba sentido con su divulgación a través de los periódicos que ellos mismos editaban; todo, en un endeble tablado de anarquía recurrente, en el que los acuerdos políticos mínimos difícilmente duraban más allá de unas cuantas semanas.

En 1839, Manuel Payno colaboraba en *El Año Nuevo* (1837-1840) —órgano de difusión no oficial de la Academia de Letrán—, y luego en otras publicaciones como *El Mosaico Mexicano* (1836-1842) y *El Ateneo Mexicano* (1844-1845), todas ellas empresas editoriales con anhelos enciclopédicos, como lo serían también *El Museo Mexicano* y *La Revista Científica y Literaria de México* (1845-1846). Por medio de estos y otros impresos, un puñado de hombres de letras se dedicaron a establecer vínculos culturales entre el incipiente público ilustrado de una nación que no terminaba de asentarse; tendieron hilos y amarraron nudos que sirvieron para reticular un nuevo tejido simbólico para

el Estado-Nación que estaba apenas configurándose... Payno producía poemas, estampas, leyendas, “caprichos dramáticos”, notas biográficas, crónicas de viaje, traducciones y, claro, sus “novelitas”, como solía llamar a sus relatos breves.

Trinidad de Juárez no era la primera novela corta que escribía Manuel Payno; cuando tenía 19 años había publicado su primer texto narrativo, “María”, un relato romántico y nacionalista en el que el héroe es nada menos que Agustín de Iturbide. Su ejercicio narrativo tenía antecedentes cercanos: por aquél entonces habían transcurrido ya siete años desde la publicación de *La vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*, de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) —considerada la primera novela corta mexicana—;⁷ cuatro desde que los suscriptores de la *Revista Mexicana* habían podido leer “La calle de Don Manuel” de Justo Gómez, conde de la Cortina (1799-1860), y dos a partir de que José María Lacunza (1809-1869) había dado a conocer, aunque sin firmarla, *Netzula*, por no mencionar las narraciones que Guillermo Prieto había publicado —destacadamente, “Manuelita” y “El marqués de Valero”—.

En total, además de las dos mencionadas, en 1844 Manuel Payo había escrito ya otras quince narraciones.⁸

Trinidad de Juárez fue la última novela romántica que escribiría; en adelante, habría de dedicar su infatigable pluma a sus novelones costumbristas, comenzando con *El fistol del diablo*, cuya primera versión publicó por entregas de 1845 a 1846 en *La Revista Científica y Literaria de México*. Luego vendría *El hombre de la situación* (1861), la cual desafortunadamente jamás concluiría, y mucho después, su obra cumbre, *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891).

Publicada originalmente en 15 apretadas páginas del tercer tomo de *El Museo Mexicano* —de la 289 a la 303, entre una plana titulada “Industria y Artes” y el poema anónimo “La Mañana”—, *Trinidad de Juárez* se divide en diez apartados: después de presentar en el primero a los protagonistas y su situación inicial, aparentemente sosegada, el conflicto dramático que dará interés a la novela se asoma ya desde el segundo, con la aparición del antagonista, y no habrá de hallar conclusión sino hasta el último de ellos, tras haber recorrido los variopintos eslabones de una larga cadena de avatares, entre los que el lector encontrará desde el candoroso amor de un buen hombre, don Pedro, hasta la desbozada concupiscencia del abyecto marqués de la Casa Encarnada; desde un alegre salón en donde las buenas gentes bailan y cantan, hasta la mazmorra en la que un pobre inocente es azotado y sometido al tormento de la

garrucha por los esbirros del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición... Tal y como se advierte desde el subtítulo, los hechos que se cuentan comienzan hace más de tres siglos y medio, en 1648, en la entonces todavía joven Ciudad de México, e irán a concluir muy lejos, allende el océano Pacífico, algunos años más tarde, después de “una larga noche de martirios”.

En *Trinidad de Juárez* —tal como lo había hecho ya en otra de sus novelas cortas, *El monte virgen*— Manuel Payno relata sucesos presuntamente acaecidos en la Nueva España, es decir, durante un período que los liberales mexicanos de la primera mitad del siglo XIX comenzaron a entreverar como parte de nuestra historia patria, aunque se preocuparon por exhibirlo como un estadio monolítico y oscuro, pero afortunadamente superado: el polígrafo se vanagloria de vivir en una época distante ya de “las costumbres timoratas y muchas veces ridículas de aquellos tiempos”. En esta pieza narrativa, como lo haría también un poco después el yucateco Justo Sierra O’Reilly en *La hija del judío* (*El Fénix*, 1848-1849), la Colonia se presenta como el origen de muchos de los males que el México independiente estaba obligado a erradicar; marcadamente, el despotismo con que actuaban las autoridades virreinales, la corrupción, la hipocresía y, evidentemente, la barbarie y ceguera características de los hombres de la Inquisi-

ción. El villano de la novela que estás a punto de leer, el desalmado don Hernando de Juárez, dueño de “un carácter duro y un genio agrio y suspicaz”, además de ser un prepotente acaudalado, encarna muchos vicios novohispanos: “era abogado, era viejo y era hipócrita y fanático: esto, en los tiempos en que hemos colocado esta verídica historia, eran títulos más que suficientes para granjearse la estimación de la aristocracia mexicana”. Todo aquello, pues, eran cosas del pasado, pero de un pasado propio, mexicano. Desde la actualidad de Payno, un presente optimista a pesar de la asonada de ayer, del cuartelazo en ciernes y de la entreverada perspectiva del futuro, el narrador de *Trinidad de Juárez* se congratula y anhela: “bendigo a Dios de todo corazón porque me arrojó al mundo en un tiempo en que la religión se aprende en las ciencias, en la naturaleza y en la poesía, y no en las mazmorras y calabozos. ¡Quiera el Señor, que tan benigno ha sido con mi pobre patria, hacer que la justicia y la libertad tengan un seguro asilo en este hermoso suelo!”.

Y frente a la alevosa perversidad de don Hernando —nada cortés por cierto—, la heroína romántica de la historia, la quinceañera que presta su nombre al título de la novela, y quien tendrá que soportar una tormenta de calamidades, es una criatura seráfica y tan inaprensible en su indeterminación como el ideal de

la Nación: “no era ni alta ni de baja estatura; ni gruesa ni delgada; ni rosada ni blanca...; [era]... un tipo excepcional de belleza que más bien pertenecía al cielo que al mundo, que tenía más de ángel que de mujer, más de ideal que de positivo, más de fantástico que de mundano”.

Como averiguarás desde los primeros párrafos de la historia, todos los infortunios de Trinidad tienen como punto inicial la muerte de su padre, el comerciante gallego Claudio de Ávila, quien, significativamente, sufre un destino muy parecido al de quien habría de convertirse en el primer santo mexicano, Felipe de Jesús (1572-1597). Como es sabido, el fraile franciscano, junto con otros ocho religiosos, fue martirizado y asesinado en Nagasaki, Japón, en castigo a su labor evangelizadora; por su parte, el papá de Trinidad, luego de naufragar también en costas japonesas, es decapitado por “aque-llos malditos infieles” después de negarse a abjurar su fe cristiana. Por ello, sentencia el narrador, “en rigor don Claudio ya es después de muerto san Claudio”. Vale recordar que Manuel Payno escribió esto en abril de 1844, cuando Felipe de Jesús había alcanzado apenas la condición de beato —fue beatificado en 1627—, y no sería sino hasta 1862 cuando el papa Pío IX lo canonizara. El paralelismo que establece el narrador entre la tragedia del padre de Trinidad y el suplicio de Felipe de

Jesús —quien a la postre se convertiría nada menos que en el santo patrono de la Ciudad de México—, evidencia la importancia medular del cordón religioso en el tramado de la identidad que se estaba trenzando.

Fieros enemigos de cualquier creencia distinta a la suya —tanto o más como los represores japoneses por los cuales México tuvo su primer santo—, los terribles ministros de la Inquisición tomarán parte sobresaliente en *Trinidad de Juárez*. El vil don Hernando, coludido con las máximas potestades de la Nueva España, el virrey y el arzobispo, urdirá el inclemente zarpazo del Santo Oficio sobre Trinidad y Arturo. La atroz añagaza obligará a la pareja a ser parte de una de las espantosas ceremonias que las autoridades religiosas organizaban para realizar públicamente el pronunciamiento de sentencias, con el objetivo no sólo de avergonzar y castigar a los condenados, presuntos herejes, sino también de propagar el miedo entre la población y mostrar el poderío del Santo Oficio. “En el año de 1648 celebró la Inquisición de México su tercer auto de fe con toda la pompa religiosa con que se pretendían canonizar los actos públicos de barbarie y de iniquidad”. Tal año, en efecto, se llevaron a cabo a finales del mes de marzo dos autos de fe particulares, ambos en la capilla de San José del convento de San Francisco —probablemente Payno erró la fecha, puesto que al año si-

guiente, el 11 de abril, se realizaría un auto general, por cierto, en la Plaza del Volador—. ⁹ Por supuesto, la ejecución de este tipo de ceremonial es para nosotros hoy día algo que percibimos como sumamente remoto, un cuadro que fácilmente remitimos quizá al Medioevo; con todo, conviene recordar que la presencia de instancias inquisitoriales en la Nueva España abarcó prácticamente los tres siglos del período colonial: inició apenas un año después de la caída de la gran Tenochtitlán y no terminaría sino hasta 1819, es decir, el año previo al nacimiento de don Manuel Payno. Por escritores como él, y novelas como la que enseguida podrás leer, es que todo aquello es ciertamente materia de nuestro pasado compartido.

TRINIDAD DE JUÁREZ

I

Dos objeciones podrían hacer allá a sus solas los pacientes y benévolos lectores de cuentos y novelas al leer el título de la presente; a saber, por qué escogí el nombre de Trinidad, teniendo el calendario novelesco tan abundante acopio de Clorindas, Dorilas, Clotildes, etcétera, y por qué esta Trinidad se llama De Juárez. En cuanto a lo primero, diré que Trinidad sería un nombre si se quiere algo raro cuando la heroína que lo llevara fuera una vieja de tez de cacao, regañona, llena de canas, picada de viruelas y plagada de resabios y malas mañas; pero cuando el nombre que he elegido (que es por otra parte verídico) lo lleve una jovencita de hermosa figura y de hermoso corazón (porque ya os digo, lectores, mi heroína os la pintaré tan bella como pueda, tanto en sus cualidades físicas como morales), nada tendréis que echarme en cara. Trinidad es un lindo nombre para mí, lleno de encanto y de poesía, bien que los encantos y la poesía suelen desaparecer a veces como el celaje de nácar al impulso del viento, como la nieve con el calor del sol, como la flor que deshoja la mano destructora de

un niño, como la esperanza del amor ante las realidades de la vida, como la espuma de las ondas con el paso de la nave, como la...; pero ¡Dios eterno!, ¿dónde voy con tanta y tanta comparación, la mayor parte necias e inexactas?... Baste decir que todas las cosas de este mundo son pasajeras como la vida de la mosca, deslumbradoras como la luz de una aurora boreal, y mentirosas como las patrañas que estampamos en el papel los que por oficio tenemos el muy honroso de divertir al público queriéndole hacer creer que conocemos el corazón humano y las pasiones amorosas y los entusiasmos políticos y... al fin de toda esta farsa, ¿qué queda en el mundo del mísero escritor?... Un poco de polvo encerrado bajo de la helada tumba.

Pero volvamos a la historia que según parece tiene trazas de haber comenzado ya y de ser estupenda y maravillosa.

Trinidad tenía madre y padre, cosa que no sería hoy muy del caso referir, pues apuradamente abundan hijos sin padres, cuyo fenómeno lo explican satisfactoriamente los nuevos autores de geología que pretenden que por medio del fuego o del agua se formen las gentes.

Su madre de Trinidad era una santa y amable señora con cuarenta primaveras encima; pero ni el otoño había rugado su semblante, ni el estío quitado su color a las mejillas, ni el invierno derramado nieve en su ca-

beza; en una palabra, doña Guadalupe (que éste era su nombre) estaba fresca y rozagante, con su cabello negro, sus dientes blancos y cabales, y su fisonomía toda anunciaba que había tenido una vida tranquila, sobria y arreglada.

He dicho quién era la madre de Trinidad; ahora diré que su padre era un honrado gallego llamado don Claudio de Ávila que emigró en su juventud a estos reinos y, a costa de largos años de trabajo y sufrimiento, hizo un corto capital; casose en seguida con doña Guadalupe, y siguió haciendo sus negocios de comercio con algún éxito, como se deja suponer, porque las colonias eran entonces una verdadera tierra de promisión.

Propúsole un amigo en una vez que hiciese un viaje a las islas Filipinas y él, animado con la perspectiva de una ganancia segura, se decidió a tal viaje, y de hecho se embarcó en el puerto de Acapulco, llevando consigo casi todo su capital, pues sólo dejó a su familia una moderada cantidad para que viviese mientras él viajaba.

Pasó un mes, otro y otro, y finalmente un año sin tenerse noticias de don Claudio de Ávila, a pesar de que la nao de China había llegado con regularidad al puerto.¹⁰ Al cabo de dieciocho meses doña Guadalupe recibió una carta en que un don Antonio de Cibrón, compañero de viaje de su marido, le anunciaba que éste había intentado penetrar al Japón y allí había

naufragado su buque y él caído en poder de aquellos malditos infieles, los cuales lo quisieron obligar a que se hiciera japonés y adorara a ciertos ídolos de madera, que maldita la veneración y respeto que inspiraban. Don Claudio se estuvo firme en los estribos, y no quiso abjurar la religión católica, a lo cual los japoneses le contestaron con un buen machetazo que hizo rodar al suelo la cabeza del honrado gallego. En rigor, don Claudio era ya después de muerto san Claudio; pero como se ha dicho que en el naufragio perdió su fortuna, fue imposible hacer diligencias para su canonización.¹¹

Como entonces no se usaban ni cirineos que ayudasen a los maridos a llevar la pesada carga del matrimonio, ni tampoco estaba en boga el mal de nervios en las mujeres, doña Guadalupe sintió de todo corazón la muerte de su esposo y sin recurrir a ficciones ni escándalos derramó día y noche abundantes lágrimas, por él rezó fervientes plegarias a Dios por el descanso de su alma, y se redujo a una vida retirada y a cultivar las virtudes en el tierno corazón de su hija, como un homenaje a la memoria del infortunado padre que no había tenido el placer de volver a estrechar en sus brazos a su linda Trinidad.

Trinidad acababa de cumplir quince años. La naturaleza en esta edad de las mujeres despliega todas sus gracias, todos sus atractivos, todos sus magníficos

colores como el sol en las primeras horas del día. La juventud es la mañana de la vida; así por esa razón los poetas han comparado a las hermosas con la aurora y con la primavera. En cuanto a Trinidad, había sido liberal la naturaleza en prodigarle atractivos a manos llenas. Tenía un cabello delgado y sutil que, sin exageración ni mentira, brillaba con los rayos del sol, como una madeja de oro. Sobre sus ojos expresivos y azules caían unas pestañas arqueadas, y detrás de sus labios encarnados y frescos, siempre dispuestos a sonreír con esos pensamientos de inocencia y candor que vuelan en torno de la juventud, resaltaban dos hileras de perlas. Su cutis era de esos tersos como la seda y transparentes y pulidos como el mármol; de esos cutis donde se ve circular la sangre, donde pueden contarse una a una las venas y las arterias; de esos cutis delicados que cree uno pueden empañarse con el soplo del viento, con el calor de la primavera, con el contacto de una mano cuando no está guiada por ese amor tan santo que el mundo corrompido llama con ironía “platónico”. Trinidad no era ni alta ni de baja estatura; ni gruesa ni delgada; ni rosada ni blanca: era en su color, en las proporcionadas formas de su cuello, en la pequeñez de sus manos y pies, en lo redondo de sus contornos, en la expresión toda de su fisonomía, y en los colores de rosa de sus mejillas que revelaban la salud, la vida y la inocencia, un tipo

excepcional de belleza que más bien pertenecía al cielo que al mundo, que tenía más de ángel que de mujer, más de ideal que de positivo, más de fantástico que de mundano.

En la época de que vamos hablando, Trinidad no sonreía, ni sus ojos expresaban el placer y alegría del alma, sino que por el contrario vertían copiosas lágrimas. Luego que la madre leyó con voz ahogada y convulsiva la carta en que se le noticiaba la muerte de su esposo, la criatura cayó de rodillas, enclavijó sus manos y, alzando sus lindos ojos anegados en lágrimas, preguntó a Dios por qué le había arrebatado a su padre sin que ella hubiera podido darle en la frente un último beso y recibir de rodillas su postrera y santa bendición paternal.

Dios, que podría haberse enfadado con una reconversión semejante de boca de un pecador endurecido, sonrió sin duda con el candoroso enojo de la niña y le concedió que estuviera tan bella y tan interesante en su dolor, que la madre se quedó contemplándola en un profundo éxtasis, y... un poeta hubiera creído que era uno de los afligidos ángeles que lloraban en el Huerto cuando oraba el Señor del mundo.¹²

No necesitaba don Claudio para haber volado a la gloria eterna de que los inciviles japoneses le hubiesen cortado la cabeza, sino sólo de la oración de su hija Trinidad.

Dos personas tomaron también una parte activa en el sentimiento que causó a la familia de don Claudio, y fueron un joven llamado Arturo Almazán y un anciano llamado don Pedro de Juárez. El joven era huérfano de un español que murió del vómito a su llegada a la Veracruz, y se había educado en la casa de don Claudio al lado de Trinidad, y a la sazón estaba concluyendo sus estudios en un colegio; y el anciano era un íntimo amigo del difunto, que había visto crecer casi en sus rodillas y bajo sus caricias a los dos chicuelos.

Cuando don Pedro vio impensadamente que aquellas formas pequeñas y delicadas de la niña Trinidad se habían desarrollado; cuando ya la niña era una hermosa joven, el anciano, indiferente y solterón hasta entonces, sintió latir con fuerza su corazón y le pareció que la sangre circulaba más veloz y más expedita en sus venas y... no sé qué cosa de fuego, hoguera y ceniza dicen los poetas; yo para mí juzgo que don Pedro tenía amor y que, cuando vio a la familia huérfana, abatida y sin tener recursos para subsistir, se le paseó por la imaginación el hacer a Trinidad su esposa. El público al menos lo dijo así, con todo y que es menester advertir que era entonces menos murmurador y maldiciente que ahora.

No sé a punto fijo por qué causas no se verificó en mucho tiempo tal matrimonio; sería acaso porque la pequeña Trinidad no estaría muy anuente, o porque don

Pedro, como hombre de juicio, reflexionaría que no es posible la felicidad matrimonial cuando hay tres o cuatro decenas de diferencia en la edad de los novios.

Don Pedro, no obstante, se portó como un caballero. La familia no careció de auxilios pecuniarios que, es menester advertir, eran ministrados con la mayor liberalidad y delicadeza, puesto que jamás don Pedro molestaba a la criatura con su viejo amor, ni pasaba los límites de una amistad respetuosa y sincera. Todas las noches a la oración concurría don Pedro a la casa, tomaba su amplia taza de chocolate, cuidando de rezar antes el *benedicite* y, después de haber dado gracias a Dios porque le había dado de comer sin merecerlo, fumaba su cigarro, platicaba un rato de los sermones de los misioneros, de los milagros que hacía la Inquisición convirtiendo a los herejes, etcétera, y al primer toque de las ocho se retiraba, permitiéndose sólo hacer un honesto cariño en la cabeza a Trinidad y desearle que para honra y gloria de Dios fuese tan hermosa y tan modesta. Nunca pasó de estos límites el amor respetuoso de don Pedro.

Habían transcurrido ya algunos meses; el pesar se iba amortiguando con el tiempo, como sucede con los dolores más grandes y que uno juzga que han de ser eternos. Doña Guadalupe se tranquilizaba algún tanto; Trinidad iba volviendo a ponerse tan linda y tan encar-

nada como antes; Arturo continuaba sus estudios en el colegio, y don Pedro Juárez tomando su chocolate, y dando a Trinidad su afectuosa y suave palmadita en la cabeza, o cuando más en la mejilla; pero era una que otra vez, y para esto casi temblaba la mano y el corazón del pobre viejo.

Una noche dio la oración, las siete, las ocho y, finalmente, las nueve, sin que don Pedro llamase a la puerta. La familia entró en cuidado, y Trinidad misma experimentó una especie de disgusto (tal es la fuerza de la costumbre). A las nueve y media tocaron fuertemente la puerta, doña Guadalupe abrió asustada, y recibió a un criado que despavorido anunciaba que don Pedro se estaba muriendo de un fuerte cólico, y que suplicaba como un favor especial a doña Guadalupe fuese con su hija, pues de otra suerte ni se confesaría ni moriría en gracia de Dios.

Doña Guadalupe no podía excusarse a tan urgente invitación, y como, por otra parte, la carroza de don Pedro estaba en la puerta, no tuvo más remedio que colocarse su basquiña y correr a presenciar la dolorosa catástrofe que debía concluir con la vida de su protector.

Doña Guadalupe y Trinidad fueron introducidas a la recámara del paciente, el cual verdaderamente estaba en las orillas del sepulcro. Sus facciones estaban desencajadas, sus ojos vidriados, su voz trabajosa, y su

vientre elevado y, además, había otros signos evidentes que anuncian que un enfermo tiene ya poco tiempo que vivir sobre la tierra, y son un médico que recetaba, un escribano que se calaba los anteojos y cortaba la pluma, y un padre franciscano con un cristo y un breviario en la mano. Todos estos personajes estaban en la recámara de don Pedro.

Luego que el paciente vio frente a su lecho a las dos señoras, procuró incorporarse, y con voz solemne, como es naturalmente toda voz que va a apagarse para siempre, y que no ha de tener ya eco en el corazón de las gentes, dijo:

—Señora, ¿sabéis que he amado con ternura a vuestra hija?

—Sé, don Pedro, que habéis sido nuestro amparo en la tierra, y que tenemos una deuda inmensa de gratitud que pagaros. Hablad.

—Poca cosa deseo...

—Mandad, don Pedro; vuestra voluntad es sagrada para mí.

—Deseo, pues, que Trinidad sea mi esposa.

Trinidad se estremeció ligeramente, y el enfermo prosiguió:

—Voy a desaparecer para siempre del mundo, y quiero que Trinidad lleve mi nombre y un legado de treinta mil pesos que le bastará para vivir, y que está

impuesto en una hacienda de mi hermano, a quien encargo que venga a establecerse a México para que cuide de una familia que me ha sido tan querida.

—¡Don Pedro! —exclamó la madre tomándole de la mano—, sois muy generoso.

—Hubiera podido antes haber solicitado a Trinidad por esposa; pero ella era joven y linda, y yo viejo y... hubiera sido sacrificar a la pobre inocente. Por otra parte, había un inconveniente que sabe el señor escribano. He sido joven, y he tenido faltas y deslices que he procurado reparar con buenas acciones, e implorando el perdón y clemencia de Dios.

Don Pedro tenía dos chiquillos como unas perlas.

El escribano tomó de la mano a Trinidad y la aproximó al lecho de don Pedro; el padre se acercó y le dijo al oído:

—Es preciso que usted condescienda; su salvación está en peligro, y éste es el modo de pagar los favores de un bienhechor.

No fue menester más. Trinidad, casi llorando y llena de gratitud, tomó la mano de don Pedro. El capellán bendijo esta unión, y a poco don Pedro entregó su alma al Eterno.

He aquí el motivo por qué Trinidad, a pesar de ser hija de don Claudio de Ávila, se llamaba Trinidad de Juárez.

II

La muerte de don Pedro fue para la familia un golpe tan fuerte como lo había sido el fin trágico de don Claudio. Aquel viejo tan extremadamente caballero y delicado que las cuidó como un ángel de guarda en su desamparo y orfandad estaba profundamente grabado en la memoria de doña Guadalupe y aun, debemos decirlo francamente, en la de Trinidad; porque por lo mismo que su alma era inocente y pura, sabía agradecer los beneficios generosos y espontáneos del anciano, y sobre todo la tumba había solemnizado su amor: Trinidad, aunque virgen y sin la menor idea del matrimonio, era nada menos que la viuda de don Pedro Juárez.

Un año o un poco menos corrió sin que hubiese incidente alguno que turbara la paz de que disfrutaba la familia. Arturo había concluido sus estudios, y las horas que le dejaban libres sus ocupaciones en casa de un oidor las consagraba a estar al lado de Trinidad, y ésta, por su parte, disfrutaba en unión de su buena madre de una calma deliciosa como la de un lago cristalino cuya superficie no enturbia el más ligero viento.

Don Hernando de Juárez, hermano de don Pedro, que había puntualmente enviado a la familia el importe del rédito del legado, anunció en una carta que, habiendo concluido definitivamente sus negocios, se disponía a emprender su viaje a la capital, donde según la última voluntad del hermano pensaba establecerse.

Fue motivo de grande alegría para toda la familia. Se trataba nada menos que de recibir al hermano del generoso don Pedro, y éste era un título sagrado para las pobres gentes que, después del amor y respeto que profesaban a Dios, no tenían otro sentimiento que el de la gratitud y veneración por todo lo que pertenecía al difunto bienhechor.

El día menos pensado, un coche y un numeroso convoy de criados paró en la puerta de la casa de doña Guadalupe. Don Hernando se apeó y saludó con cierta superioridad que podía llamarse insultante. No era un viejo de fisonomía fresca y cándida como su hermano, sino por el contrario, unas mejillas hundidas y arrugadas, una frente amarillenta, unos ojos pequeños hundidos en sus órbitas y casi cubiertos por unas cejas cerdosas y blancas, y una boca con sólo un diente amarillo anunciaban, además de una avanzada edad, un carácter duro y un genio agrio y suspicaz.

La madre que había formado otra idea del nuevo protector, casi se arrepintió en el fondo de su corazón

de haberlo recibido en su casa. Trinidad sintió correr por su cuerpo un ligero escalofrío, y ni aun se atrevió a alzar los ojos; en cuanto al joven Arturo, experimentó tal movimiento de impaciencia, que le dieron vehementes deseos de aplicarle un mojiçón y echarle fuera el lúgubre diente que tenía en su desierta boca. No obstante esto, todos saludaron con respeto al recién venido, y con delicadas muestras de cortesía lo condujeron a la habitación que le estaba preparada y donde se improvisó un ligero refresco.

Sentose don Hernando a la mesa y rumiando unos bizcochos, y remojando el gaznate con unos tragos de vino, contestó a doña Guadalupe las preguntas que le hacía con relación a su viaje, no descuidando de echar a Trinidad frecuentes e indagadoras miradas y de revisar de pies a cabeza al joven Arturo.

—¿Conque ésta es la niña de usted? —dijo, dirigiéndose a doña Guadalupe.

—Una criada de usted, señor don Hernando.

—¿Qué edad tiene?

—Va a cumplir dieciséis años.

—Es hermosa, y por mi parte tengo mucho placer de ser su protector.

Trinidad inclinó la cabeza y se puso encarnada.

—No hay que ruborizarse, muchacha —prosiguió don Hernando—; los pimpollos como tú necesitan de la

sombra de las viejas encinas. Tenía yo noticias de ti, y he formado grandes proyectos para la felicidad de la casa.

—Gracias, señor don Hernando —contestó doña Guadalupe—. En medio de mis infortunios bendigo la mano del Señor, porque me ha concedido generosos protectores y, a medida que los ha llevado a su reino, me ha dejado siempre...

—Espero que —contestó don Hernando—, si Dios no dispone otra cosa, la felicidad de ustedes se asegurará. Soy rico, tengo valimiento, y hasta unos títulos de nobleza se conseguirán para Trinidad, y será marquesa o...

—Mi hermana es bastante noble con sus virtudes —dijo Arturo—, y yo espero que el señor don Hernando...

—Usted no tiene nada que esperar, sino que obedecer —murmuró con voz ronca don Hernando—. Usted, caballero, es un huérfano de la casa, y ya pensaremos en darle a usted carrera y proporcionarle una buena suerte; entretanto será muy conveniente que os advierta que cuando personas respetables hablan un muchacho no tiene derecho ni debe injerirse en la conversación.

—Señor...

—Os toca callar, y os prohíbo que habléis sin mi permiso. Desearía descansar, doña Guadalupe, porque

estoy algo fatigado. Más despacio arreglaremos todos los asuntos.

—Como gustéis, señor don Hernando, y sólo os ruego que perdonéis a mi pobre Arturo; es irreflexivo, pero en el fondo es un buen muchacho.

—Arturo es mi hermano —murmuró Trinidad—, y cualquier falta suya, seré yo la que sufra...

—Tienes más interés del que sería necesario en tu edad por ese joven; pero repito que no tengo otra idea sino el que adelante en su carrera, y para eso daré mis disposiciones. Mas basta por hoy; buenas noches.

—Buenas noches —repitieron los tres personajes saliendo de la alcoba, y dejando al viejo apoderado de un grueso breviario donde sin duda iba a rezar los salmos.

—¿Qué planes tendrá respecto a nosotros este don Hernando? —dijo Trinidad a su madre luego que estuvieron a solas.

—No sé, hija mía, no sé, y lo único que puedo decirte es que su aspecto me ha causado miedo, y su genio dominante y altanero me pone en cuidado.

—Creo, madre mía, que este hombre trata de convertirse en un tirano —dijo Arturo—, y una simple recomendación de don Pedro no le da ese derecho. Si lo hace por el legado, es cosa muy fácil, renunciaremos a él y viviremos pobres, pero con libertad. Así pues, mi

opinión es que le digáis que se marche y... ¿Qué decís, madre mía?

—Eres muy joven, y por consiguiente muy loco. Piensas, Arturo, que es muy fácil despedir así a un hombre del rango de don Hernando, y por otra parte sería una ingratitud. Es menester, pues, sufrir, al menos mientras no pase de ciertos límites.

—¿Y qué querrá hacer conmigo este hombre? —replicó Arturo—. Os advierto, madre mía, que yo no he de sujetarme a sus caprichos. Tengo veinte años, he hecho mi carrera con honor y aplicación, y por mi fe que no necesito de protectores altaneros. Y luego, ¿para qué quiere que Trinidad sea condesa? ¡Oh!... Si Trinidad consiente, abandonaré la casa y jamás la volveré a ver.

La madre procuró calmar la inquietud de los dos jóvenes, y todos se retiraron a sus aposentos a descansar. Por la primera vez en su vida, Arturo no pudo conciliar el sueño. Y en cuanto a Trinidad, tuvo una horrible pesadilla, y lloró tanto con ese influjo mágico de la imaginación que al día siguiente la almohada estaba empapada con sus lágrimas.

Respecto a don Hernando, luego que quedó solo en su recámara, tomó, según queda dicho, su breviario, y quiso leer algunos salmos; pero le fue imposible, porque su imaginación estaba ocupada en cosas muy diferentes; así es que botó con impaciencia el libro sobre la

mesa y comenzó a desnudarse. Frente de la cama había una gran pantalla con un espejo de cuerpo entero, y don Hernando creyó observar en él alguna cosa como un esqueleto, como un muerto que se levantaba del ataúd. Un temblor repentino le asaltó, pero sacando fuerzas tomó la bujía y alumbró el espejo... La imagen que se retrataba no era otra sino la del mismo don Hernando; pero tenía unos brazos tan largos y secos, un pecho tan enjuto, y unas costillas tan marcadas, que él mismo se engañó de pronto. Un gran rato estuvo contemplando su triste armazón, que pertenecía ya legítimamente al sepulturero, y mientras tanto la imagen de Arturo con sus ojos negros, sus mejillas redondas y encarnadas, y sus formas bellas y mórbidas como las de Adonis, se presentaba en su mente, así como el rostro angélico de Trinidad, con sus ojos azules y expresivos, y sus delgados cabellos de oro. Puso con impaciencia la vela en la mesa, cubrió la pantalla con un lienzo para no verse, y se metió en la cama.

“Estos muchachos deben amarse forzosamente. Se han criado juntos, son hermosos... ¡Oh! Esto es terrible. Es menester que Arturo marche muy lejos, donde jamás vuelva a ver a Trinidad”.

Arrullado con esta idea, y con la esperanza de ser el esposo de la encantadora muchacha, se durmió nuestro católico y respetable amigo don Hernando de Juárez.

En quince días don Hernando no pudo hablar un instante con doña Guadalupe, porque las visitas se lo impidieron. Luego que en México se supo la llegada del ilustre personaje de que nos ocupamos, los oidores, los inquisidores, el secretario del virreinato, los alcaldes ordinarios, el alférez real y algunos títulos de Castilla se apresuraron a visitarlo, y él, por su parte, tuvo que corresponder cumplidamente a estas visitas. Don Hernando era rico hasta el grado de tener en su casa el dinero a granel, como si fuera maíz; era abogado, era viejo, y era hipócrita y fanático; esto, en los tiempos en que hemos colocado esta verídica historia, eran títulos más que suficientes para granjearse la estimación de la aristocracia mexicana.

Don Hernando, desembarazado de sus visitas, se dedicó a obsequiar a la familia con un esmero decidido. Compró espléndidos coches (si en aquel tiempo podían esas informes cajas ser espléndidas) y joyas de mucho valor (que sea dicho de paso, Trinidad, advertida por Arturo, jamás quiso admitir)... y empleó cuantos medios le fueron posibles para conciliarse el cariño de sus huéspedes, hasta el de poner una cara risueña y afable, sacrificio terrible para un hombre de humor bilioso y altanero. Cuando había pasado un mes y que creyó que encontraría más docilidad, reunió una noche a la familia y comenzó por hablar de la bondad de Dios y de los favores

que le dispensaba sin merecerlo, y acabó por decir que había conseguido para Arturo una valiosa subdelegación en la intendencia de Oaxaca.

—Señor don Hernando —contestó Arturo—, os doy mil gracias; pero no admito vuestro favor; deseo concluir mi carrera, y no pienso separarme jamás de la que es mi madre adoptiva.

—¡Hola, señorito!, ¿conque rehusáis los favores?

—Los agradezco simplemente y no los admito, señor.

—Pero ¿supongo, caballero, que obedeceréis las órdenes?

—No reconozco a nadie que pueda imponerme órdenes más que mi madre.

—¿Y si vuestra madre os lo manda?

—Obedeceré.

—Haced vuestro deber, señora —dijo el viejo ruggingo la frente.

—Permitidme que os diga, don Hernando, que cuando mi pobre Arturo me da una prueba de su cariño, yo no debo obligarlo a que se separe de mi lado.

—Ya preveía yo que había de haber resistencia de parte del señorito consentido y mal educado; pero ya pondremos remedio. Tomad, joven, y leed.

Don Hernando sacó un papel de la bolsa y lo dio a Arturo; éste lo leyó y se puso pálido.

—¿Qué tienes, hijo mío? —le dijo la madre acercándose a él.

—Es una orden del virrey que me manda marchar al instante a...

—Los caballos y los criados están dispuestos —interrumpió Juárez.

—Bien pueden estar dispuestos; pero yo no iré, no iré —contestó Arturo con resolución, intentando romper la orden...

—¡Atrevido!, ¿qué haces? —exclamó Juárez conteniéndolo—. ¡Romper una orden que es como si fuera del rey!

A esta palabra Arturo se contuvo e inclinó la cabeza. Don Hernando se acercó a su oído y le dijo:

—Arturo, acabas de cometer un desacato y sabes ya a poco más o menos mi poder; así escoge o la cárcel esta noche, o el empleo que te he conseguido.

Arturo se mordió los labios y dirigiéndose con serenidad a su madre, le dijo:

—Me voy, madre mía; dadme vuestra bendición.

La madre lo bendijo y don Hernando procurando dar a su voz un tono suave le dijo:

—Ve, Arturo, hijo mío; muy poco tiempo estarás ausente y volverás sobre todo hecho un hombre.

Arturo salió del aposento y bajó la escalera; en el patio lo esperaban dos criados con caballos.

En cuanto a Trinidad, a quien Arturo no dirigió una sola mirada y que había estado presente a toda esta escena, la encontraron pálida y desvanecida en un sillón.

III

Hoy sin duda, querido lector, Arturo no se habría marchado por sólo la voluntad de un viejo testarudo y la orden de un mandarín; mas es menester pensar en las costumbres timoratas y muchas veces ridículas de aquellos tiempos, para calcular que nada violento hubo en que el joven se resolviera a partir como en efecto lo ejecutó. Seguido de sus dos criados atravesó rápidamente las calles de la ciudad, salió por la garita de san Lázaro,¹³ y siguió un largo trecho sin dar descanso a su corcel. Al fin tiró un poco de las riendas y volvió la cabeza. Se percibían con la claridad de las estrellas las masas negruzcas y confusas de las torres y cúpulas; por intervalos relucían algunas luces como unos fanales; pero poco a poco se iba perdiendo todo esto entre las sombras, y sólo escuchaba Arturo el viento que zumbaba en las copas de los sauces y los ladridos lejanos de algunos perros que parecían venir del océano de sombras que presentaban las llanuras que hay por esa parte de la ciudad. Embebecido en una especie de letargo contempló gran rato Arturo esa lúgubre e im-

ponente perspectiva; después sintió necesidad o de platicar, o de llorar, o de comunicar su alma a alguien que pudiese entenderlo; pero por primera vez en su vida se vio solo en la tierra, el pecho se le oprimió y un nudo vino a su garganta; así es que como no podía llorar puso espuelas al caballo y echó a correr pensando que esto disiparía sus penas.

Antes de amanecer había llegado a un pequeño pueblo; mas no se detuvo, sino que siguió velozmente su camino hasta que los primeros rayos de la luz vinieron a disipar las tinieblas de la noche. Es una hora religiosa y sublime, y mucho más en el campo que se miran por grados desaparecer las estrellas, pintarse los horizontes de gualda y nácar, dorarse las cimas de los volcanes y ostentar su delicado verdor la hierbecilla del campo y los árboles del monte. Arturo sintió que ese dolor sordo que había oprimido su pecho se le disminuía, que sus ojos se llenaban de lágrimas y que al bendecir a Dios, que había creado tantas y tan encantadoras cosas sobre la tierra, podía exhalar algunos suspiros, derramar algún llanto y consagrar unas memorias a su querida y amable Trinidad. Arturo dejó ir a paso lento a su caballo e hizo todo lo que va dicho, sintiéndose un sí es no es aliviado.

En su tierna edad Arturo se había criado con Trinidad; cuando tuvo más años se le puso en el colegio y se

le dijo que no era hijo sino adoptivo, pero sin privarle por esto que pasase los domingos y las vacaciones en compañía de su hermanita. Así Arturo había hecho una costumbre tal de ver a Trinidad y de darle un cándido abrazo y a veces un beso en la mejilla de nácar, que cuando por algún accidente no podía verificarlo se ponía de un humor triste.

Después Arturo vivía diariamente en la casa, y este cariño de la juventud, esta amistad de veinte años, esta vida ignorada de amor, se estrechó más y más, de forma que ni un solo día podían dejarse de ver nuestros jóvenes; pero allá en el fondo de su corazón inocente jamás se figuraron que eso era amor, ni se persuadieron nunca de que nadie en el mundo tuviese poder para turbar esa vida tranquila y dichosa como la del olmo y la hiedra en medio de una selva solitaria. La madre estaba muy bien persuadida que los muchachos se amaban; pero lejos de encontrar en esto inconveniente, sólo esperaba que Arturo fuera licenciado para casarlo con Trinidad.

Una vez relatados estos antecedentes, fuerza es seguir al viajero. Detúvose en una choza del camino, tomó un corto refrigerio y siguió adelante; cada legua que caminaba le parecía un nuevo obstáculo que ponía entre él y su querida, y cuando perdió de vista el valle de México y vio otros cerros, otros árboles, otros horizontes, su valor le abandonó, y soltando las

riendas al caballo exclamó: “¡Qué desgraciado soy!”. Después clavó las espuelas en los ijares del animal y prorrumpiendo en mil imprecaciones contra don Hernando se internó por el bosque. La idea de vivir solo lo ponía fuera de juicio. ¡Qué días tan monótonos y tan insípidos iba a pasar! No tendría todas las mañanas la mirada amorosa de los dulces ojos de Trinidad; las noches serían eternas; ¿con quién había de platicar de sus trabajos? ¿A quién había de dar cuenta de sus adelantos, de sus esperanzas para el porvenir? Además pensó que las intenciones del viejo eran tal vez las de sacrificar a Trinidad, y que la familia quedaba entregada a la voluntad de un tirano. Pero ¿cómo impedirlo? ¿Cómo un joven sin relaciones y sin valimiento podría emprender una lucha terrible contra un hombre del poder e influencia de Juárez? Después de revolver mil proyectos en su cabeza, se fijó en volver a México otra vez, implorar la protección de algunas personas y aun la del virrey mismo, caso que circunstancias le obligasen a ello. Regocijado sobre esto y pensando hallarse dentro de breve tiempo en brazos de su madre y de Trinidad, volvió las riendas a su caballo y comenzó a caminar en dirección opuesta. A pocos pasos se encontró con dos criados; uno de ellos le impidió el paso diciéndole:

—Señorito: tenemos orden de nuestro amo, el señor don Hernando, de no permitir que os revolváis.

—¡Cómo, bribón, te atreves!...

—A todo, hasta amarrar a vuesa merced y obligarlo a que por la fuerza vaya a donde nos dirigimos.

Arturo quiso arremeter con el criado; pero éste le significó que tenía una orden para que las justicias le dieran auxilio, y que así no había otro remedio sino seguir adelante.

Arturo se mordió los labios y sin decir palabra siguió de nuevo el camino, aunque con más lentitud. Ya cerca de las oraciones de la noche llegaron a una venta.

Arturo tomó un ligero alimento, y se retiró a descansar a su cuarto, pensando que puesto que el viejo había tomado todas sus medidas, él tomaría las suyas para escaparse tan luego como le fuera posible. En esto estaba cuando entró el otro criado, que había permanecido indiferente en la cuestión.

—Parece, señorito, que vuesa merced no va muy contento —le dijo.

—Es la verdad, Pedro. Deseaba volverme para arreglar ciertos asuntos con mi madre y emprender mi viaje con tranquilidad.

—¿Y no tendría acaso el señorito otro interés?

—Ninguno otro, Pedro.

—¿Es decir, que el señorito quedaría muy contento si a su regreso encontrara que la niña Trinidad era esposa del señor don Hernando?

—¡Cómo! Eso sería imposible —exclamó Arturo con vehemencia levantándose del lecho.

—Nada tiene de imposible —contestó Pedro con calma—. El señor don Hernando deberá casarse pasado mañana, o de lo contrario la niña Trinidad será encerrada en un convento, y la madre en un calabozo de la Inquisición.

—Pedro, Pedro, tú me haces delirar y si tratas de burlarte de mí, si tienes encargo de tu amo de atormentarme, te ruego que te vayas si quieres conservar tu vida.

—Lo que digo a vuesa merced, señorito, es mucha verdad; y si fuera posible que volviera, vería con sus propios ojos todas estas cosas.

—Pedro, ¿habría algún modo de que me escapara ahora mismo?

—Ninguno; el taimado de Marcos está muy bien pagado por el señor don Hernando, y primero se dejaría matar que...

—Pedro, me parece que tú eres menos cruel que Marcos, y en ti pongo toda mi esperanza. Mira: aquí tienes la mitad de esta bolsa para que discurras el modo de volvernos, y la otra mitad la tendrás luego que hayamos pasado la garita.

—Bien, señorito, muy bien; voy a dar mis disposiciones; descansad un poco y estad tranquilo, que a

la medianoche os vendré a buscar para que montéis a caballo.

Pedro se retiró y Arturo entre gozoso y meditabundo se recostó en su lecho presa del insomnio y la fiebre.

Pedro cumplió su palabra, pues a cosa de las once entró al aposento.

—Señorito, todo está arreglado, ceñíos esta espada, tomad estas pistolas y apresuraos, pues será menester matar los caballos para llegar mañana a buena hora a la garita.

—Bien, Pedro; muy bien —contestó Arturo levantándose y ciñéndose la espada—, ¿cómo has podido engañar a ese bribón?

—De la manera más sencilla. Lo he convidado a cenar, le he hecho tomar vino mezclado con ciertos polvos.

—¿Lo habrás asesinado?

—Buenas ganas tenía; pero no he hecho tal. Esos polvos lo harán dormir treinta horas seguidas; mientras tanto usted acaso llegará a tiempo de impedir el casamiento, y yo tomaré las de Villadiego.

Encajose Arturo las pistolas en el cinto y montó a caballo. Pedro dio a la rolliza ventera un expresivo abrazo y una buena propina, y amo y criado partieron rápidos como si caminaran en alas del viento.

IV

Mientras los dos personajes caminan por esas cuevas y montes, con la rapidez de dos fantasmas infernales, demos un vistazo en la casa de doña Guadalupe, cuya tranquilidad se turbó desde el fatal instante en que don Hernando puso los pies en los umbrales.

Cuando Trinidad volvió en sí de su desvanecimiento, se encontró en brazos de su madre, que a fuerza de caricias quería volverla a la vida. Todo cuanto había pasado a la muchacha le parecía un sueño. Por su parte, lo mismo que Arturo, descuidada y tranquila con su propia felicidad, no creía que el mundo tiene reservados crueles dolores para el corazón y mortales angustias para el alma. En lo de adelante, ¿qué haría ella de las horas de su vida? ¿A quién haría participante de su inocente alegría? ¿Qué voz, tan sonora y tan agradable como la de Arturo, alabaría sus bordados y costuras?, y ¿quién, como Arturo, se había de hincar de rodillas todas las noches para dirigir a Dios sus plegarias por el descanso de su padre y por la conservación de los días

de su madre? Decididamente iba a morir de tristeza, aislada entre las paredes de su casa, sin tener, excepto su mamá, quien se doliera de sus pesares. Y luego, ¿cuánto tiempo duraría esta separación? ¿Cuáles serían las intenciones de don Hernando? ¿Cómo podrían sustraerse del poder de un hombre que trataba de subyugarlas con su influencia y sus riquezas? Estas ideas volvían loca a la muchacha.

—Desde que vi por primera vez a ese hombre —dijo doña Guadalupe— me dio un vuelco el corazón, y sentí no sé qué cosa tan desagradable que ni aun quiero recordarla. Ahora veo que van confirmándose mis presentimientos, y decididamente lo aborrezco tanto como quería a su hermano.

—Casi otro tanto me ha sucedido a mí. He visto arrancar de mi lado a nuestro pobre Arturo, y esto me...

”¡Ah! ¡Arturo! ¡Madre mía!” —exclamó la muchacha con voz tenue.

—Dime, Trinidad, ¿querías a Arturo?

—Me preguntáis si lo quería... ¡Ah! Sí, y mucho; era tan bueno, nos amaba tanto...

”Nunca lo podré olvidar, ¿qué digo?, no podré vivir sin él. ¿Sabéis lo que hará ese don Hernando? Decídmelo, madre mía, ¿por qué lo separó tan precipitadamente de nuestro lado?”.

—Nada sé sino lo que tú, hija mía; pero sospecho que tal vez le tendrá aversión y querrá tenerlo siempre lejos de aquí.

—En ese caso nos iremos a reunir con Arturo, él pertenece a nuestra familia, mientras don Hernando es un hombre extraño.

En esto, una criada entró diciendo que el señor don Hernando pedía permiso para entrar.

Trinidad contestó que su salud no le permitía recibirlo, y que sería otra vez. Dos días obtuvo el viejo la misma respuesta. La tercera noche, don Hernando, sin hacerse anunciar, abrió la mampara y se presentó en el aposento de Trinidad.

—Me tenía inquieto el estado de tu salud, Trinidad, y esta noche me decidí a verte.

Trinidad no respondió una sílaba, y sólo doña Guadalupe aproximó una silla para que se sentara el recién llegado.

—Aunque algo pálida, veo que estás repuesta, y así te hablaré de un asunto que te importa.

—¿De Arturo? —interrumpió la muchacha alborozada.

—No se trata de Arturo —repuso Juárez frunciendo el ceño—, sino de otra cosa más seria. El rey, que Dios guarde muchos años, me ha enviado el título de marqués de la Casa Encarnada.

—Mucho me alegro —contestó Trinidad secamente.

—Y ese título lo quiero poner a tu disposición, y que seas dueña de él.

—Gracias, señor don Hernando, gracias. Y ya que tan generoso sois —le dijo Trinidad—, no os ruego más, sino que traigáis a Arturo al lado de su familia; o de lo contrario nos obligareis a que vayamos a buscarle.

Don Hernando sonrió amargamente, porque el nombre de Arturo en boca de la muchacha le causaba una sensación terrible de cólera; mas, disimulando su emoción, prosiguió con voz tan dulce como le fue posible:

—Es menester que Arturo haga su suerte y que labre su carrera. Cuando haya dado pruebas de su juicio en el empleo que el rey le ha concedido, entonces será promovido a otro.

—Entonces os daré de veras las gracias, señor don Hernando.

—Bien; déjame proseguir, Trinidad. Decía yo que mi voluntad es hacerte dueña de mis títulos y de mis inmensas riquezas. ¿Aceptas?

—No os entiendo, señor.

—Me explicaré más claro. Deseo que seas mi esposa...

—¿En qué pensáis, por Dios, señor caballero? ¿Yo pobre, huérfana, que vive de la caridad de vuestro hermano, ser esposa de un marqués, de un noble como vos? No penséis en eso; dejadnos en nuestro retiro y oscuridad, y no pretendáis...

—No os entiendo, Trinidad.

—Entonces, si mi madre me da permiso, os hablaré con franqueza. Yo no sé precisamente lo que es el matrimonio, ni los deberes que contrae una mujer. Sabéis, señor, que me casé con vuestro hermano porque era nuestro bienhechor, y porque agonizando me decía el infeliz que necesitaba para salvarse el que yo fuera su esposa. En cuanto a vos, siento que no podré vivir a vuestro lado contenta; que no os obedeceré con gusto, y que lloraré noche y día al verme separada de mi madre y de Arturo.

—Cualquiera diría que hablas con una criatura de tu edad —replicó don Hernando con voz bronca— y que no estabas delante de tu madre. ¿Por qué habéis educado tan mal a esta niña? ¿Por qué no reprendéis esa audacia y altanería con que habla?

Trinidad miró con rabia al viejo, y luego se puso pálida como la muerte. La madre, que vio el efecto que había causado en su hija la reprimenda, se apresuró a responder:

—Trinidad jamás ha mentado, y puesto que le habéis preguntado sobre un asunto tan delicado, os

ha contestado la verdad, y os ha dicho lo que siente su corazón. Hace días, señor, que yo también quería hablaros francamente. Desde que pisasteis mi casa, la paz y la tranquilidad han desaparecido. Ese tono de autoridad que tomáis, ese dominio que queréis tener, atacan enteramente nuestra libertad y nuestro modo de vivir. Así con tiempo cortaremos este mal. Volvednos a Arturo, y os firmamos un papel renunciando en vuestro favor el legado de treinta mil pesos, y concluido esto quedaremos tan absolutamente extraños el uno para el otro como si jamás nos hubiéramos visto. ¿Aceptáis?

—Lo que os digo es que todos vosotros que sois plebeyos —replicó Juárez casi ahogándose de la cólera—, y no conocéis la gratitud, ¿por quién habéis vivido con abundancia, si no es por mi hermano?

—Por eso repito —contestó doña Guadalupe, cólerica— que renuncio el legado, y que no quiero sufrir más a un hombre tan altanero como vos.

—Os engañáis, señora mía. Estáis absolutamente en mi poder, y jamás, jamás, haréis otra cosa sino lo que yo quiera. Vos, Trinidad, seréis mi mujer dentro de dos días.

—¿Yo, señor marqués? Os engañáis. Cuando el sacerdote me pregunte si os quiero por esposo, le diré que no.

—¿Es un desafío el que me proponéis, niña? Lo acepto, y te repito que dentro de dos días serás mi mujer. En cuanto a vos, señora, calmad ese genio violento o tendréis mucho de que arrepentiros.

Don Hernando se levantó del asiento y salió, cerrando con violencia la mampara. Luego que la madre y la hija quedaron solas, se miraron un gran rato de hito en hito, y después, echándose en brazos una de otra, lloraron amargamente. No les quedaba otro remedio; el destino les había echado en el centro de su hogar un tigre que quería devorarlas.

Un personaje abrió la mampara, y de puntillas se introdujo hasta donde estaban la madre y la hija, y las abrazó con ternura. Ellas, sorprendidas, volvieron la cara y exclamaron a un tiempo:

—¡Arturo!

—Silencio —dijo éste, poniéndoles el dedo en la boca—; me resolví a no seguir el camino, porque no podía estar separado de vosotras, y porque me habría muerto si un mes siquiera hubiera transcurrido sin ver a Trinidad. Trinidad, madre, ¡qué feliz soy en volveros a ver!

—¡Arturo, nuestro querido Arturo! —exclamaron estrechándolo entre sus brazos, y juntando sus mejillas con las suyas.

Pasados estos primeros instantes de alegría, Arturo contó la manera como se había escapado, y ellas refirieron

ron todo lo que había ocurrido, y que el lector sabe ya. Finalmente, después de discurrir mucho sobre la manera de libertarse de tan peligroso huésped, quedó resuelto que Arturo se valdría de las relaciones que lo ligaban con algunos abogados para que le proporcionaran el hablarle al virrey, al cual expondría detenidamente cuanto pasaba, y le pediría su protección.

V

Don Hernando no dio lugar a que el proyecto se pusiera en planta, pues a los dos días entró en la habitación de la familia, y con un semblante halagüeño las saludó y tomó asiento.

—Ya sé que el bribonzuelo de Arturo está aquí —dijo con voz chancera—, y que jugó a uno de los criados una buena pasada; pero he reflexionado que esta es obra de su juventud y del amor que tiene a ustedes.

La madre y la hija, asombradas de ver un lenguaje tan diferente del que hasta entonces había usado don Hernando, se apresuraron a manifestarle su gratitud y a darle las gracias en los términos más expresivos.

—No solamente quiero que Arturo viva con ustedes —continuó don Hernando—, sino que aun deseo que se case lo más pronto posible con Trinidad. Creía yo que haciéndola mi esposa sería feliz; pero, puesto que no es su voluntad, repito que no tengo otra idea sino que sea dichosa. Es menester olvidar lo pasado, y que en lo de adelante vean ustedes en mí al hermano de su protector. En la vejez, los hombres tenemos nuestros

caprichos; pero la reflexión nos cura. Conque, ¿olvidarás mis imprudencias, Trinidad?

Trinidad estaba fuera de sí de placer, de manera que sin responder se metió a las piezas interiores, y salió a poco acompañada de Arturo.

—Da gracias a nuestro protector, Arturo; te perdona, y quiere además que nos casemos.

Los dos muchachos un poco pálidos por los sufrimientos, pero bellísimos e interesantes, se arrodillaron ante don Hernando. Parecían dos estatuas salidas de la mano de Fidias; tanto así eran regulares y bellas sus proporciones.

—Levantaos, hijos míos, levantaos y abrazadme; desde hoy abjuro mis imprudencias, y creo que seréis bastante nobles y generosos para perdonarme.

Arturo abrazó a don Hernando. En seguida tendió los brazos a Trinidad, y ella se arrojó a ellos. Fue un abrazo largo, estrecho; abrazo que animaban a un tiempo el amor, el despecho y la cólera. Trinidad escuchó latir violentamente el corazón del viejo. Trinidad sintió el contacto de unas mejillas ardientes y rugadas, que se rozaban con la tez fresca de alabastro de su rostro. Trinidad sintió oprimido su seno por dos brazos nervudos y secos, que parecían cinchos de fierro. Trinidad tuvo miedo de este terrible y prolongado abrazo; pero bastante avisada ya para dar a conocer su emoción, dejó

los brazos del viejo con una ligera sonrisa, y sólo se advertía que estaba un poco más pálida.

—Es menester confesar que tiene usted una hija adorable; es generosa hasta el extremo. Juzgo que me ha perdonado sinceramente, y que aun ha concebido por mí alguna afección.

—Me habéis hecho bien, señor, y os estoy agradecida. Arturo era mi vida, mi único pensamiento. Cuando me lo quitasteis os aborrecí; ahora que me lo devolvéis para siempre, ya os quiero.

Trinidad abrazó a Arturo, y le hizo una inocente caricia en la mejilla. Una tinta amarillenta recorrió el semblante de Juárez, pero bastante diestro para ocultar su agitación, sonrió y dijo a doña Guadalupe:

—¡Cómo se aman estas criaturas!

—Los habéis hecho felices, señor, y a mí también; permitidme que os dé las gracias y que os abrace.

—Venid, doña Guadalupe; mucho merecéis, porque sois una buena madre. Pronto casaremos a los muchachos; pero será decoroso que Trinidad entre mientras en un convento. Todo se hará en cosa de un mes.

Trinidad convino en entrar a un convento y Arturo en sufrir la soledad esos días. El mes pasó en las disposiciones necesarias, y por fin don Hernando fijó el tan suspirado día del casamiento. Trinidad salió la víspera de su encierro, y Arturo de un convento, donde unos

reverendos padres de la Propaganda le dieron sabias lecciones de moral¹⁴ y abundantes consejos para la nueva vida que iba a emprender.

La boda se verificó al día siguiente a las cinco de la mañana. A mediodía se sirvió una mesa espléndida a multitud de convidados, y se obsequió con arroz, gallinas asadas y vino catalán a todos los pobres que ocurrieron en tropel a la festividad.

En la noche, contra la costumbre, se dispuso un gran baile, al que concurrieron multitud de personas notables a quienes don Hernando había convidado. Los novios estaban brillantes: su juventud, su belleza y su alegría encantaron a los concurrentes. Arturo, vestido de terciopelo negro, con su golilla de punto blanco finísimo. Trinidad, con un traje blanco de seda y plata, una corona de rosas de oro en la cabeza y una cruz de brillantes en el pecho. Los colores habían vuelto a sus mejillas; sus ojos azules y lindos estaban animados con la dulzura de la inocencia y el placer de un porvenir dichoso; sus labios delicados como las hojas de la rosa se abrían para sonreír de júbilo y de contento; los rizos de sus cabellos, que caían en confusión sobre su cuello de cisne, brillaban como las alas de oro de las mariposas con la luz de las bujías de esperma. Trinidad era, sin exageración, uno de esos ángeles que en forma de mujer suele Dios enviar a esta tierra de maldición

y de lágrimas. Todas las bocas se abrían para alabar a Trinidad; todos los ojos se fijaban en su angélico semblante; todas las lisonjas y alabanzas eran por la criatura celestial que había vivido oculta e ignorada hasta entonces, y que salía llena de poesía y de hermosura, como la mariposa que rompe su capullo y tiende sus alas de venturina sobre las rosas y los claveles de un jardín. Arturo estaba satisfecho y orgulloso y, si hay delirios con la felicidad, Arturo lo tenía ardiente, infinito, de esos delirios de placer que gastan en un día diez años de existencia.

Se bailaron todos los sones que estaban en uso. Trinidad cantó dos o tres canciones, con una voz clara y armoniosa. A las cuatro de la mañana se había marchado ya la mayor parte de los concurrentes; las velas, que estaban acabándose, despedían una luz vacilante y opaca.

Preguntará el lector lo que había hecho don Hernando en todo este tiempo. Se lo diré. Había estado sentado en una butaca de cuero, siguiendo con los ojos todos los movimientos de la niña. Era un milano que acechaba a la paloma.

A las cuatro y media, la sala estaba vacía. Entonces un criado se acercó a Arturo y le dijo que unos caballeros deseaban hablarle. Arturo bajó al zaguán. Tres hombres, enmascarados y vestidos de negro, lo asalta-

ron con unos puñales, y lo obligaron a que entrara al coche de don Hernando que estaba en la puerta.

Eran los ministros de la Inquisición.

Cuando don Hernando oyó rodar el coche, soltó una carcajada horrible que hizo estremecer a Trinidad, y tomando una luz se dirigió a su dormitorio.

VI

Los ministros de la Inquisición vendaron los ojos a Arturo, pusiéronle una mordaza en la boca y unas esposas en las manos, y así caminaron en silencio un gran rato hasta que paró el coche. Bajáronlo y del brazo lo hicieron subir algunas escaleras y atravesar pasadizos hasta que finalmente oyó abrir unos cerrojos y rechinar una puerta. Entonces le desvendaron los ojos, le quitaron la mordaza y lo empujaron dentro del calabozo, cuya puerta cerraron con dobles cerrojos y llaves. Arturo se convenció entonces de que no sólo estaba preso, sino que estaba preso en la Inquisición. En el primer momento, Arturo quiso estrellarse la cabeza contra las murallas del calabozo, o tener a la mano un arma con que darse la muerte. Así como su calabozo era una especie de tubo que no tenía más de una vara de diámetro, golpeó las paredes con los puños hasta el grado de escurrirle la sangre; mas reconociendo cuán inútil e impotente era su furor, se sentó sobre una piedra redonda que hacía veces de asiento y apoyando su cabeza en sus manos derramó un torrente de lágrimas.

Quién sabe cuánto tiempo permaneció en este estado, lo cierto es que reclinándose contra la pared consiguió un momento de sueño. Durante él, vio una visión aérea, flotante y llena de luz; solamente en la corona de rosas de oro y en el semblante apacible se asemejaba a la forma humana de Trinidad, lo demás era de serafín, de arcángel. Arturo tendió sus manos doloridas y llenas de sangre hacia la visión. Ésta le dirigió sus ojos tranquilos y azules y con una voz armoniosa, como con la que cantó las sonatas, le dijo: “Arturo mío, la traición más negra te tiene en este calabozo; pero confía en la justicia de Dios y en que tu esposa morirá antes que dejar de ser digna de ti”. Por grados fue disipándose la blanca aparición, y Arturo sobresaltado despertó y, recorriendo con ojos espantados el calabozo, no vio más que una línea de luz y un pequeño fragmento del cielo azul, que se percibía por una estrecha tronera.

Arturo pensó en Trinidad, en su madre, en el aire, en la libertad, en el campo, en el cielo azul, en los pájaros que vuelan en el viento, en las flores que exhalan sus perfumes; en una palabra, en todo lo que piensa naturalmente un prisionero. Arturo lloró de nuevo.

Sin embargo, no había cometido ninguna falta, y la tranquilidad de su conciencia y el sueño en que había visto a Trinidad lo consolaron un tanto. A poco descolgaron por la tronera una cestilla; contenía solamente

un mendrugo de pan negro y una cantarilla con agua. Arturo no tenía hambre y aunque tenía sed no quiso ni comer ni beber, y así botó el agua y el pan al suelo. Todo lo más del día lo pasó sentado en la piedra, apoyada la frente en las manos. El hombre parecía una estatua. A las veinticuatro horas justas la canastita descendió de nuevo; Arturo en esta vez devoró el pan y sorbió ávidamente la cantarilla de agua. Hacía 48 horas que no tomaba ni gota.

A los cuatro días un hombre enmascarado y vestido con un saco y una capucha negra abrió el calabozo, vendó los ojos a Arturo y tomándolo por la mano lo sacó fuera. Cuando le desvendaron los ojos se halló en una sala entapizada de negro con galones de oro. En el fondo estaba un dosel también negro con un crucifijo y las armas de la Inquisición bordadas de seda y oro. Debajo del dosel había una mesa, y a su derredor sentados los inquisidores y el escribano.

Después del juramento y fórmulas de estilo el escribano leyó:

—Arturo, joven plebeyo de veinte años de edad, está acusado, primero, de llamarse Arturo, nombre indudablemente usado por los ingleses herejes, y que no se halla en el calendario; segundo, de tener tratos ilícitos con una hermana; y tercero, de azotar todas las noches a la santa imagen de Cristo.

—¿Qué decís a todo esto, joven?

—Que ignoro por qué mis padres me pusieron así; que la joven no es mi hermana sino mi esposa; que yo siempre he reverenciado la imagen de Jesucristo y de sus santos, y que me hallo ante este tribunal por las infernales maquinaciones de don Hernando, marqués de la Casa Encarnada.

—Este joven se halla impenitente —dijo el inquisidor mayor con voz tranquila—. Que le apliquen el tormento de la garrucha, y asiente usted además, señor escribano, que es un calumniador de la intachable virtud del marqués.

Los alguaciles condujeron a Arturo al cuarto del tormento. Al cabo de un cuarto de hora lo sacaron casi arrastrando, pálido como una imagen de cera, descoyuntado y casi moribundo.

—¿Ha confesado? —preguntó el inquisidor.

—Todo absolutamente, todo.

—¿Qué decís de esto, joven?

—Que es cierto cuanto se me ha preguntado —contestó con voz apagada.

—Oíd, pues —dijo el escribano—. El santo y piadoso tribunal os condena a un año de reclusión en uno de sus calabozos, para que tengáis tiempo de pedir perdón a Dios y arrepentiros de vuestros pecados, los cuales purgareis saliendo en el auto de fe con sambenito y vela verde.¹⁵

Arturo nada contestó, y los alguaciles lo volvieron a su calabozo.

Los dolores físicos y morales ocasionaron una fiebre a Arturo, que lo tuvo veinte días sin conocimiento. Es menester decir, en obsequio de la justicia, que el tribunal mandó trasladar al supuesto reo a un calabozo más amplio, y le prodigó todas las medicinas y auxilios necesarios. Aun en esto había envuelta cierta maldad y miseria. El tribunal no quería que la naturaleza matase a sus presos, sino el tormento y la prisión.

Restablecido de su enfermedad, lo volvieron a su cubo. Allí pasó todo el tiempo dicho, hasta que se aproximó el auto de fe.

Os diré lo que hizo en once meses. Durante esa larga noche de martirios, lo consoló una sola idea. La venganza; pero una venganza inaudita y terrible.

VII

A pesar de la infernal risa de don Hernando, no extrañó de pronto Trinidad la falta de Arturo, y fue en busca de su madre, la cual oyendo llamar a misa en una iglesia cercana se puso su basquiña y salió a la calle. Don Hernando había tomado bien sus medidas. En la esquina la asaltaron dos hombres, y vendándole los ojos la condujeron a un monasterio. Don Hernando había dicho al arzobispo que quería encerrar en un convento a una señora de mucho respeto que había perdido el juicio. El prelado no tuvo inconveniente, y don Hernando quedó dueño absoluto de Trinidad. Ésta, fatigada con tanta emoción, se reclinó en su lecho y concilió el sueño. Al día siguiente se levantó, tocó la campanilla y acudió una esclava negra.

—¿Dónde está mi madre, dónde está Arturo? Llamadlos, decidles que por qué no han ocurrido a verme.

La esclava no respondió nada y salió del aposento.

Como había pasado un cuarto de hora y nadie volvía, Trinidad quiso salir; pero la puerta estaba cerrada. En-

tonces tocó de nuevo la campanilla, y se presentó otra negra. Trinidad hizo la misma pregunta, pero tampoco obtuvo ninguna contestación.

Trinidad quiso salir, pero la esclava se lo impidió y cerró tras sí la puerta.

Esto era de desesperarse; llamó repetidas veces con la campana, pero nadie se presentó hasta las doce, en que cuatro esclavos negros y cuatro esclavas entraron con una mesa cubierta con los más exquisitos manjares. Le parecía a Trinidad una cosa como los cuentos que le había referido su nodriza en la infancia, y dudaba si estaba despierta o soñaba.

Los esclavos le hicieron señal para que comiera; pero ella impaciente, y verdaderamente colérica, les botó la comida en la cara y se retiró a un rincón de su alcoba.

Los esclavos sin decir una sílaba recogieron la comida y se marcharon. A la oración, una de las dos negras entró con la luz y una mancerina de chocolate.

—¿Dónde está mi madre, dónde está Arturo? Eso es lo que quiero; decidme, ¿quién os ha traído a mi casa? ¿Quién es vuestro amo?

La negra, mirando que la niña no quería tomar el chocolate, dejó la vela en una mesa y se retiró en silencio.

En la noche se acostó Trinidad. Los latidos de su corazón no la dejaban reposar, y una opresión terrible

de pecho la sofocaba. Un instinto le hacía comprender que era víctima de las maquinaciones de Juárez; pero estaba muy lejos de figurarse que su madre estuviese encerrada en la celda de un convento, declarada loca, y Arturo gimiendo por hereje en un calabozo de la Inquisición. Sin embargo, esa noche fue de insomnio y de delirio: cada rato le asaltaban horribles pesadillas y despertaba con un escalofrío y un dolor agudo en las sienes. Resolvió, pues, para aclarar el misterio, valerse de un expediente.

Luego que la negra entró con el chocolate, Trinidad le dijo:

—Haz entender a tu señor, el que sea tu amo, que me dejaré morir de hambre si no viene mi madre o Arturo, o se me explica por qué estoy prisionera en esta pieza.

La negra salió sin decir una palabra; pero a poco entró don Hernando de Juárez.

Trinidad en esta ocasión estaba frenética, así que cuando el viejo se aproximó, ella se puso de pie, cruzó los brazos y lo miró de hito en hito.

—Trinidad, estás más hermosa que nunca, y...

—Y, ¿qué venís a hacer aquí, señor De Juárez?

—Me habéis mandado buscar.

—Es verdad; sentaos.

Don Hernando, que temblaba de pies a cabeza, se sentó sin atreverse a levantar los ojos.

—Decidme, señor De Juárez, ¿cuáles son vuestros designios, y hasta cuándo debemos vernos libres de los caprichos que os sugiere vuestro histérico? Ayer me habéis casado, y hoy hacéis desaparecer a mi madre y a mi esposo, y me encerráis en una habitación como si hubiera cometido algún crimen. Os asombrará el oírme hablar así; pero estoy verdaderamente desesperada; este yugo de hierro que habéis impuesto a mi familia me pesa más que la muerte. En una palabra, señor, decidme qué habéis hecho de mi madre y de Arturo; de lo contrario, os aseguro que me dejaré morir de hambre.

—Trinidad, estás hoy muy severa. Tu madre y Arturo se han ido a una de mis haciendas.

—Es una impostura; mi madre y mi Arturo no podrían abandonarme así. Idos de aquí, señor De Juárez; vuestra presencia me es insufrible.

—¡Trinidad!

—Idos, y sabed mi resolución.

Trinidad volvió la espalda a Juárez y se ocultó entre las colgaduras de su lecho. Juárez, pasmado al ver la resolución de la joven, salió lleno de cólera y de vergüenza.

Llegó la hora de comer, y Trinidad devolvió intactos todos los manjares. Con el chocolate hizo lo mismo. Durante tres días sólo había tomado unos tragos de agua, y estaba ya pálida y casi sin fuerzas; pero resuelta

a dejarse morir si el viejo no le daba una razón satisfactoria de su madre y de Arturo.

Al tercer día en la noche, don Hernando, que, como debe suponerse, vigilaba la conducta de la muchacha, entró despavorido al cuarto.

—Trinidad, hija mía, ¿por qué quieres cometer un crimen? ¿Por qué quieres suicidarte?

—¿Dónde está mi madre, dónde está Arturo?

—Todo, hija mía, todo lo sabrás; pero a condición de que tomes alguna cosa.

Un esclavo presentó una copa de buen vino de Jerez y algunos bizcochos. Trinidad tomó la copa y, mirando a don Hernando, le dijo:

—¿Estará envenenado, no es verdad?

—¡Trinidad!

—No importa, a nada tengo miedo.

Trinidad sorbió la mitad de la copa de vino y tomó algunos bizcochos; y con una calma impasible dijo a Juárez:

—Os he dado gusto, ahora decidme...

—Trinidad, tu madre está en un convento, y Arturo... Arturo, según sé, la Inquisición se ha apoderado de él.

—¡Dios mío, la Inquisición! —exclamó Trinidad ocultando su rostro con sus manos.

—Esto es lo que he podido averiguar.

—¿Y qué ha hecho Arturo? ¡Mi pobre Arturo, tan religioso, tan bueno!... Vos, señor Juárez, vos sois un malvado...

—Te juro por lo más sagrado que no he tenido parte alguna, y antes bien, luego que lo supe, he procurado salvarlo.

—¡Ah, Dios mío! ¿Y lo salvaréis? Entonces os querré otra vez mucho.

Trinidad era inocente y no era capaz de comprender la extensión de la perversidad humana.

—Sí, lo salvaré, hija mía; pero es menester que seas más llevada de razón. Si me prometes comer y estar alegre, antes de pocos días estarás al lado de tu marido.

—Todo cuanto queráis haré.

Don Hernando se retiró, y Trinidad, con la esperanza de que pronto estaría libre Arturo, tomó los manjares que le llevaron las esclavas, y aun se rió como una loca.

Al día siguiente las esclavas abrieron la puerta, y dijeron a Trinidad que podía salir y transitar por todas las habitaciones. Resolviose a salir, y se sorprendió de la súbita transformación de la casa. Don Hernando había reunido las cosas más exquisitas de la Asia, de la Europa y de la América, y colocádaslas allí.

Eran primorosos canarios y cardenales, encerrados en jaulas de cristal; eran colgaduras de tisú y terciopelo

de China; eran grandes tibores de porcelana; eran arañas de plata y aparadores con vajillas de China y de oro.

Trinidad se alarmó de todo esto, mas don Hernando le explicó con una voz meliflua, y con la más refinada hipocresía, que la había tenido encerrada, tanto por no verse obligado a darle la noticia de Arturo como para prepararle una sorpresa. Que la falta de Arturo era ligera, según se había informado; que dos meses de detención bastarían y que además nada le faltaba; ni aun una selecta mesa. Trinidad insistió en ver a su madre, y don Hernando le prometió que la vería.

El carácter de Trinidad era varonil y arrojado en el fondo, y aunque no le satisfacían enteramente las respuestas de don Hernando, no encontraba medio de sacar ventaja de este hombre malvado y suspicaz. Consideraba que era inútil el aturdir la casa con sollozos, porque nadie le había de oír ni consolar; y así de día aparentaba serenidad, y de noche se entregaba a las amargas reflexiones que le hacían derramar muchas lágrimas. Jamás se separó ni un instante de la mente de Trinidad ni su adorado Arturo ni su excelente madre.

Don Hernando observaba una conducta verdaderamente respetuosa con Trinidad. La veía una sola vez en el día, y le hablaba con mucha dulzura, sin mezclar nada que tocara a su amor. Así entre promesas y esperanzas pasó un mes.

Una noche a las nueve se recogió Trinidad, como lo tenía de costumbre, después de rezar sus oraciones; y como lo tenía también de costumbre, se puso a pensar en su situación y llorar en esa especie de insomnio, en que ni se vela ni se duerme.

Sucesivamente oyó las diez, las once, las doce; a la una miró dibujarse en la pared inmediata con la débil luz de la veladora una figura colosal; creyó que era su imaginación acalorada la que le presentaba esas quimeras; pero mirando más atentamente, observó que poco a poco el tamaño del fantasma disminuía en la sombra. Trinidad, sobrecogida de miedo, se envolvió la cabeza entre las ropas de la cama.

A poco sintió que un peso terrible oprimía su cuerpo; a poco dos brazos de hierro que estrechaban sus hombros y procuraban separar las ropas; después una boca ardiente que se posaba en sus mejillas, y una voz ahogada que decía:

—¡Trinidad, Trinidad!

Apenas Trinidad hubo reconocido la voz de don Hernando, cuando todo el temor que le había sobrecogido se cambió en cólera; desasiose de los brazos de don Hernando, y cubriéndose con las ropas brincó del otro lado del lecho.

Don Hernando, que lo había arriesgado todo, fortuna, reputación y conciencia, nada temía. Trinidad en

su interior clamaba a la Virgen, a todos los santos, que viniesen en su ayuda. De repente, y casi maquinalmente, llevó su mano a una fuente de agua bendita de plata y nácar que estaba en la cabecera de su lecho. Don Hernando, ciego, se arrojó sobre Trinidad, y ésta dejó caer sobre su cabeza el trasto que había descolgado.

Todo cesó en el acto; don Hernando rodó sin sentido por el pavimento. Trinidad quedó inmóvil por un instante; pero luego, mirando el cadáver de un hombre tendido a sus pies, se llenó de terror y, vistiéndose con precipitación, salió de su alcoba, tomó la luz y buscó por dónde escaparse. Intento vano; todas las puertas estaban cerradas, y reinaba un silencio profundo.

Trinidad regresaba resuelta a dejarse caer por la ventana de su alcoba, cuando encontró a don Hernando que, vacilante y agarrándose la cabeza, se dirigía a su aposento.

El golpe había sólo privado de sentido por un momento al viejo.

Al día siguiente, casi a fuerza, introdujeron a Trinidad al cuarto de don Hernando. El golpe había sido fuerte y ocasionándole calentura.

—Trinidad, por última vez te propongo una reconciliación. Olvidaré todo lo pasado, o caerá sobre ti mi venganza. En una palabra, o te resuelves a ser mía, o la tortura y los calabozos de la Inquisición serán tu porvenir.

Trinidad, al oír esta sentencia, palideció y tuvo que apoyarse en la pared para no caer; mas repuesta de esta primera emoción, contestó con calma:

—Acepto la tortura y los calabozos, como vos aceptaréis a la hora de vuestra muerte el infierno y los tormentos eternos.

En la noche introdujeron en un calabozo de la Inquisición a una joven acusada de practicar la ley de Moisés.¹⁶

VIII

En el año de 1648, celebró la Inquisición de México su tercer auto de fe con toda la pompa religiosa con que se pretendían canonizar esos actos públicos de barbarie y de iniquidad.¹⁷ Por mi parte bendigo a Dios de todo corazón porque me arrojó al mundo en un tiempo en que la religión se aprende en las ciencias, en la naturaleza y en la poesía, y no en las mazmorras y calabozos. ¡Quiera el Señor, que tan benigno ha sido con mi pobre patria, hacer que la justicia y la libertad tengan un seguro asilo en este hermoso suelo!

Los herejes que la Inquisición sacó a pasear por las calles de México eran viejos y viejas inermes y pacíficos, tal vez algunos imbuidos inocentemente en algunas ideas supersticiosas; eran jóvenes a quienes la injusticia habría arrancado del hogar doméstico; y, cosa inaudita, eran niñas de trece, de quince, de dieciséis años, inocentes palomas que probablemente no habrían perdido ni el candor ni la inocencia de los primeros años de la infancia.

Entre los supuestos herejes, se encontraban vestidos de un infame saco nuestros jóvenes Arturo y Trinidad.

Los dos estaban inconocibles. Algunos meses de prisión y de eterna noche y soledad los habían envejecido. Arturo estaba pálido, la barba y el cabello le habían crecido. Trinidad, ¡oh!, daba compasión la pobre Trinidad. Ni alegría en sus ojos, ni vida en sus mejillas, ni color en sus labios, ni brillo en sus cabellos. Los dos muchachos se reconocieron mezclados entre tanto miserable, entre tanto fanático, entre tanto pueblo imbécil, que silencioso y devoto miraba esta farsa infame que ultrajaba a la religión y a los hombres. Los dos muchachos se reconocieron después de un año de separación, después de un año de tormentos físicos y morales, después de un año de infierno que valía por un siglo.

Arturo no lloró, sino que sus ojos se animaron por un momento con un fuego siniestro, y dirigiéndolos a Trinidad le hizo comprender que había un volcán dentro de su corazón. Trinidad bajó la vista de dolor y de vergüenza, y las lágrimas rodaban hilo a hilo por sus mejillas. Los espectadores creyeron que era una nueva Magdalena que lloraba sus pecados.

Don Hernando sonriendo vio pasar desde un balcón el auto de fe.

IX

Don Hernando pensó muy bien que si Arturo se quedaba en México habría de vengarse, así es que por apéndice consiguió que la Inquisición lo sentenciase a él y a Trinidad a destierro por tres años en las islas Filipinas.

Al día siguiente de celebrado el auto, los alguaciles se apoderaron de los supuestos reos y los condujeron al puerto de Acapulco, a bordo de uno de los buques que componían la flota, con orden expresa de no dejarlos reunir.

La flota se hizo a la vela, y el capitán movido de la juventud y de la inocencia de los jóvenes no sólo consintió que estuvieran juntos, sino que les dio un trato magnífico.

En esos largos y eternos días que se pasan en medio del océano, Arturo contó al capitán sus desgracias; el capitán que era un viejo y valiente catalán, educado entre los peligros y los azares de la mar, se conmovió y, echando al diablo la orden de la Inquisición y del virrey, desembarcó a los dos esposos en Manila.

X

Cuatro años habían pasado de estos sucesos; Arturo, joven y emprendedor, comenzó a trabajar en el comercio, y auxiliado por las relaciones del capitán logró hacer una fortuna regular. Trinidad había vuelto a ponerse hermosa, y además tenía dos niñas lindas como dos blancas azucenas. Por esos días se esparció la noticia, por un buque llegado de Acapulco, que el marqués de Casa Encarnada no dilataría en llegar a radicarse a la isla. Esto alarmó a Trinidad, pero regocijó a Arturo, considerando que no podría ser descubierto por don Hernando, tanto por haber mudado mucho en su figura como por ser conocido en Manila bajo el nombre de don Lucas de Padilla, y su mujer por doña Inés de Zaragoza.

El marqués llegó efectivamente a poco tiempo. Arturo dispuso sus negocios, envió dos naves para América, reservándose una bastante velera que había comprado, embarcó a su mujer y a sus hijas y él quedó en tierra bajo el pretexto de arreglar sus negocios.

Quince días estuvo la nave anclada, esperando solamente el que Arturo se embarcase para hacerse a la vela.

Arturo aguardaba una oportunidad, y veamos cómo se le presentó. Una tarde se paseaba don Hernando por el puerto. Acercose a ver un bonito bote, que coquetamente se balanceaba a impulso de las ondas. Un joven delgado sumamente descolorido y barbicerrado estaba dentro del bote, y al ver acercarse a don Hernando se puso en pie, se quitó el sombrero y le dijo:

—Parece que ha gustado a vuestra señoría mi bote.

—En efecto, es uno de los más bonitos que hay en el puerto.

—Si su señoría quisiese dar un paseo. El mar está tranquilo, y justamente arreglaba yo mi vela para hacer una visita a las embarcaciones recién venidas de Lima.

Don Hernando aceptó y se embarcó con el joven. Éste tendió su pequeña vela y, ayudándose con los remos, logró en breve andar una distancia considerable.

Don Hernando parecía distraído en la contemplación del mar; el sol iba descendiendo al horizonte, y el espectáculo era bellísimo. El joven parecía ocupado en la maniobra. De repente saltó al agua y empujando el bote comenzó a nadar dirigiéndose a un buque que había por allí. Luego que el marinero de guardia vio un hombre nadando, echó al agua una chalupa, la cual recogió al nadador, que venía aún fresco y capaz de caminar dos millas.

El joven era Arturo.

—¿Qué os sucedió, patrón —exclamó el capitán—, que os veo tan mojado?

—Aposté con un maldito limeño a que a nado llegaba a mi buque, y estos marineros que me echaron la chalupa me han hecho perder; era poco, una botella de Jerez solamente.

Arturo dio órdenes para que el buque se hiciese a la vela, y dirigiéndose a la popa donde se hallaba Trinidad le dijo:

—¿Ves, hija mía, aquel punto blanco que se aleja hacia el sur?

—Sí, ¿y qué es?

—Un bote a toda vela.

—¡Qué ligero va!

—De aquí a una hora estará muy lejos de la tierra.

—Sí, ¿y por qué me lo has enseñado?

—Porque dentro va un hombre que sólo la providencia de Dios puede salvar.

—¿Quién es ese hombre, Arturo?

—Don Hernando de Juárez. Vino todavía a perseguirnos, y ha encontrado su muerte. El bote nada como un pájaro marino; sin embargo, si Dios quiere puede salvarlo.

—Arturo, ¿qué has hecho?

—Quitar del mundo a un malvado; Dios, que es

justo, le perdonará; yo me hubiera muerto sin perdonarle.

Trinidad cayó de rodillas y pidió a Dios la salvación de su perseguidor.

Abril 20 de 1844

NOTICIA DEL TEXTO

La presente edición de *Trinidad de Juárez. Leyenda del año de 1648* se desprende de la primera versión publicada por *El Museo Mexicano* en 1844. Tras la muerte de Manuel Payno, Victoriano Agüeros la incluye, omitiendo el subtítulo, en el primer tomo de *Novelas cortas* de las *Obras de don Manuel Payno* (1901, Biblioteca de Autores Mexicanos, 36). Dicha recopilación fue reeditada en numerosas ocasiones, como la presentada por la editorial Porrúa en 1992. Posteriormente, en 2004, Blanca Estela Treviño editó la novela para la colección Relato Licenciado Vidriera de la Universidad Nacional Autónoma de México. En *Escritos literarios I* (t. XIII de *Obras completas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes), Boris Rosen Jélomer la recupera y anota en 2005.

MANUEL PAYNO
TRAZO BIOGRÁFICO

A lo largo de varios años se ha mencionado como fecha de nacimiento de Manuel Payno Cruzado el 21 de junio de 1810; sin embargo, de acuerdo con la minuciosa investigación de Robert Duclas, Payno nació en la Ciudad de México el 28 de febrero de 1820, sus padres fueron Manuel Payno Bustamante González y María Josefa Cruzado Pardo. Desde joven ocupó distintos cargos públicos: meritorio de la Aduana de México, jefe de sección con el grado de teniente coronel en el Ministerio de Guerra y secretario de la legación mexicana en Sudamérica. Tras regresar de su primer viaje a Francia e Inglaterra, Santa Anna lo envió a Filadelfia y Nueva York para estudiar el sistema penitenciario.

En 1847, durante la primera intervención de Estados Unidos, Payno estableció un servicio secreto de correos entre la capital y Veracruz. Tres años más tarde, ocupó el cargo de ministro de Hacienda en el gobierno de José Joaquín de Herrera; posteriormente, en la administración de Ignacio Comonfort, se desempeñó como secretario de la cartera de Hacienda. En 1857,

junto a Félix Zuloaga, participó en el golpe de estado que encabezó Comonfort en contra de la Constitución y el Congreso, lo que ocasionó que Payno fuera procesado y alejado de la vida política.

Con la llegada al poder de Manuel González (1882), Payno fungió como agente de colonización en París y cónsul en Santander y Barcelona. Regresó a México en 1891 y fue elegido senador, cargo que desempeñó hasta su muerte, sucedida el 4 de noviembre de 1894.

Manuel Payno fue autor de numerosos artículos políticos, económicos e históricos; colaboró activamente en *El Museo Mexicano* (1843-1846), donde escribió cuentos y narraciones de viajes, reunidos en *Tardes nubladas* (1871); asimismo, participó en *El Ateneo Mexicano*, *El Siglo Diez y Nueve*, *El Año Nuevo*, *El Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, *El Federalista* y *Don Simplicio*. En 1845, publicó *El fístol del diablo*, novela que amplió y modificó a lo largo de varios años. Dio a conocer, además, *La convención española* (1857), *El hombre de la situación* (1861), *México y sus cuestiones financieras con la Inglaterra, la España y la Francia* (1862), *El libro rojo* (en colaboración con Vicente Riva Palacio, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre, 1871), Barcelona y México en 1888 y 1889 (1889) y *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891).

NOTAS

¹ Manuel Payno, "Viaje sentimental a San Ángel", *Museo Mexicano o Miscelánea Pintoresca de Amenidades Curiosas e Instructivas*, t. II, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1843, pp. 385-389.

² "Pensamientos", *Museo Mexicano o Miscelánea Pintoresca de Amenidades Curiosas e Instructivas*, t. III, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1844, p. 24.

³ Velas fabricadas con la grasa que se extrae del cachalote.

⁴ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos: 1840 a 1853*, París, Librería de la Viuda de Charles Bouret, ed. facsímil, 1906, p. 70. Disponible en: <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmczs361>>, [consulta: junio de 2018].

⁵ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos: 1840 a 1853*. París, Librería de la Viuda de Charles Bouret, ed. facsímil, 1906, p. 67. Disponible en: <<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmczs361>>, [consulta: junio de 2018].

⁶ "Boletín, modas para hombres", *El Museo Mexicano o Miscelánea Pintoresca de Amenidades Curiosas e Instructivas*, t. III, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1844, p. 168.

⁷ Aunque la novela fue escrita en 1820, no se publicó sino hasta 1832 [México, Imprenta de Alejandro Valdés]. Véase: Óscar Mata, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana, 2013.

⁸ “Un doctor”, “El mineral de Plateros. [Tradicción]”, “La víspera y el día de una boda”, “¡Loca!”, “El Monte Virgen”, “Pepita”, “Alberto y Teresa”, “La esposa del insurgente”, “Aventura de un veterano”, “El castillo del barón d’Artal”, “La lámpara”, “El lucero de Málaga”, “El cura y la ópera”, “El rosario de concha nácar” y “Amor secreto”. La primera ocasión en que casi todas las novelas cortas y relatos de Payno se publicaron en formato de libro fue en 1871, en el volumen *Tardes nubladas* [Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White]; después, Victoriano Agüeros (1854-1911) las editaría todas en el tomo 36 de su Biblioteca de Autores Mexicanos (1901).

⁹ Pedro Miranda Ojeda, “Las sanciones de la fe. Los autos de fe y la aplicación de penas del régimen inquisitorial en el México colonial”, *Contribuciones desde Coatepec*, revista de la Universidad Autónoma del Estado de México, núm. 14, México, enero-junio de 2008, pp. 61-83.

¹⁰ Con respecto a los viajeros, la nao de China sólo permitía pasajeros cuando éstos decidían residir durante un prolongado tiempo en Filipinas. No podían viajar hombres solos sin sus esposas, a menos que les proveyeran de una holgada vida económica hasta su retorno o tuvieran licencia del virrey de la Nueva España. Véase: Manuel Carrera Stampa, “La nao de China”, *Historia Mexicana*, núm. 1, México,

julio-septiembre de 1959, pp. 97-118. Consúltese en: http://www.jstor.org/stable/25134990?seq=1#page_scan_tab_contents, [consulta: junio de 2018].

¹¹ De 1549 a 1639 se desarrolló la misión evangélica en Japón, a la cual acudieron misioneros españoles y portugueses de las órdenes franciscana, agustina y dominica. Existen múltiples documentos que describen este proceso religioso en el país oriental, los cuales exaltan las figuras de los mártires; asimismo, se narran los cruentos enfrentamientos y persecuciones realizadas por los japoneses, quienes buscaban preservar su pensamiento religioso y cultural. Véase: Rie Arimura, “Las misiones católicas en Japón (1549-1639): análisis de las fuentes y tendencias historiográficas”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, vol. 33, núm. 98, México, noviembre de 2011, pp. 1-18.

¹² Después de la cena de Pascua, Jesucristo se dirigió al Huerto Getsemaní, nombrado así en los evangelios de Mateo y Marcos, o el Huerto de los Olivos, en el evangelio de Lucas, para orar antes de su sacrificio. Lucas [22:39-46]. *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

¹³ A mediados del siglo XVIII existían trece garitas, entre ellas la garita de San Lázaro, la cual se encontraba hacia el oriente, camino a Chalco y Puebla. Eran edificaciones públicas de cobro de impuestos y seguridad donde se alojaban los guardas encargados de controlar el acceso de comerciantes a la Ciudad de México. Fueron el referente de los lindes de la ciudad, pues cubrían sus cuatro puntos cardinales. Véase: Guadalupe de la Torre, “El resguardo de la Ciudad de México

en el siglo xviii”, *Revista Historias*, revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, núm. 27, México, octubre-marzo de 1991-1992, pp. 76-79. Disponible en: <http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_27_69-78.pdf>, [consulta: junio de 2018].

¹⁴ En 1622, el papa Gregorio XV conformó la Congregación de Propaganda Fide, organismo eclesiástico encargado de sistematizar la propagación de la fe cristiana por todo el mundo y organizar las misiones con el objetivo de evangelizar. Por esta razón, la institución también fue conocida como Congregación para la evangelización de los pueblos. Véase: Josef Metzler, “La Congregazione ‘de Propaganda Fide’ e lo sviluppo delle missioni cattoliche (ss. XVIII al XX)”, *Anuario de Historia de la Iglesia*, núm. 9, España, 2000, p. 146.

¹⁵ Sambenito: saco que usaban los acusados como símbolo de herejía. La vela verde era llevada por los reos aún no sentenciados a relajación, esto es, a pena de muerte. Véase: Antonio García-Molina Riquelme, “Una propuesta del tribunal de México: el sambenito de media aspa”, *Revista de la Inquisición*, núm. 9, Madrid, 2002, pp. 2-4. Disponible en: <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/251619.pdf>>, [consulta: junio de 2018].

¹⁶ Durante el siglo xvii era común la voz “Moisés” o “Moisen” para referirse a Moisés. Se registran casos en documentos inquisitoriales, como edictos del Santo Oficio, donde se exhorta a la población para acusar a los observantes o practicantes de la ley de Moisés (judíos), a los seguidores de las

sectas de Mahoma o de Lutero, a los adoradores del Demonio y a los consumidores de peyote.

¹⁷ El 29 de marzo de 1648 se celebró un auto de fe general en la plaza de San Francisco, donde se condenó a cincuenta y un reos por faltas como el casamiento por segunda vez, la hechicería y por decir misa y confesar sin ser sacerdote. Asimismo, se sentenciaron a los observantes de la ley de Moisés y de la ley de Mahoma. José Toribio Medina (1852-1930) comenta que el día 30 de marzo del mismo año se llevó a cabo otro auto de fe, de carácter privado, en la Casa Profesa de la Compañía de Jesús, mientras que otros autores, como Miranda Ojeda y García-Molina, lo sitúan en la plaza de Santo Domingo. Véase: Pedro Miranda Ojeda, “Las sanciones de la fe. Los autos de fe y la aplicación de penas del régimen inquisitorial en el México colonial”, *Contribuciones desde Coatepec*, núm. 14, México, enero-junio de 2008, pp. 66-69. Véase: Antonio García-Molina Riquelme, “Anexo I. Autos de fe con sentencias de relajación”, *Las hogueras de la Inquisición en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, pp. 218-221.



Trinidad de Juárez, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 28 de noviembre de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de KARLA XIMENA SALINAS GALLEGOS.